

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



BEATIFICACIÓN DE PABLO VI

Pablo VI, testigo de
la fe

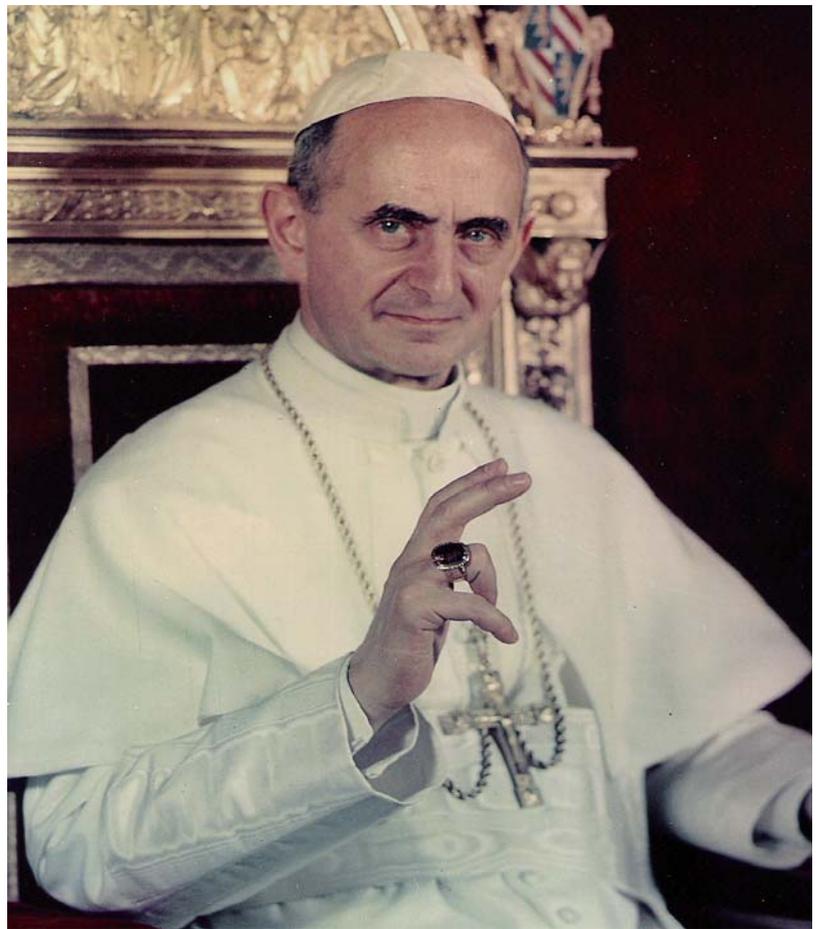
Presencia real de
Cristo
en la Eucaristía

Importancia y
actualidad del
celibato sacerdotal

Una encíclica
profética: «*Humanae
vitae*»

A los 250 años de la
aprobación de
la devoción al
Corazón de Jesús

Iglesia perseguida



«En su humildad resplandece la grandeza del beato Pablo VI que, en el momento en que estaba surgiendo una sociedad secularizada y hostil, supo conducir con sabiduría y con visión de futuro –y quizás en solitario– el timón de la barca de Pedro sin perder nunca la alegría y la fe en el Señor.»

PAPA FRANCISCO
Homilía de beatificación de Pablo VI,
19 de octubre de 2014

Sumario

Pablo VI y el Concilio Vaticano II: testigo de la fe <i>Jorge Soley</i>	3
El Credo del Pueblo de Dios: <i>José Luis Ganuza</i>	8
«Misterium fidei»: la encíclica sobre la Eucaristía <i>Ibón Elósegui</i>	15
«María, la parte mayor y la parte mejor de la Iglesia» <i>María Dolores Barroso</i>	19
La importancia y actualidad de la «Sacerdotalis caelibatus» <i>Cardenal Mauro Piacenza</i>	22
«Humanae vitae»: Pablo VI, «Mártir de la verdad» <i>José Ignacio Munilla</i>	24
Vigilia eucarística en el templo del Tibidabo a los 250 años de la aprobación de la devoción al Corazón de Jesús <i>José Javier Echave</i>	26
El ocaso de la Iglesia en Irak <i>Josué Villalón</i>	28
La mirada salvadora de Jesucristo <i>Santiago Arellano</i>	30
El futuro de la humanidad se fragua en la familia <i>Ludmila Grygiel</i>	35
Santa María de Guadalupe, reina de Las Españas <i>Luis Cuesta</i>	36
San José Oriol. El Cura de Ars catalán <i>Laura Casals</i>	39
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	42
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	43
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	45

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Campillo Nevado, SA - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EL pasado mes de abril celebrábamos la canonización de dos papas del siglo xx: san Juan XXIII y san Juan Pablo II, y al cabo de pocos meses otro papa es beatificado de nuevo, en este caso Pablo VI.

La Iglesia católica cuenta con 80 papas santos. En los nueve primeros siglos de historia, hay más papas santos (73) que no canonizados (36). Por el contrario, en los últimos diez siglos, desde la segunda mitad del siglo ix hasta la actualidad, apenas se cuentan siete papas santos, de los cuales tres nacieron o murieron en el curso del siglo pasado: san Pío X, san Juan XXIII y san Juan Pablo II. Respecto a los papas beatos, aún no canonizados, hay un total de diez, de los que dos: Pío IX y Pablo VI son también de estos últimos tiempos.

A la vista de estos datos parece que puede afirmarse que Dios ha querido que en estos tiempos convulsos y hostiles a la fe cristiana, tiempos en que por primera vez en la historia de la humanidad una civilización, la occidental, la antigua civilización cristiana, presume de un laicismo radical, brille en la Sede de Pedro la santidad. Si repasamos la historia del mundo nos damos cuenta de que la presencia de la religión en la vida social ha sido algo ordinario y universal y que la secularización actual, tan insistentemente alabada en nuestros días, es un fenómeno totalmente extraño y contrario a lo que surge naturalmente en la historia de los pueblos y naciones. Como tantas veces han recordados los papas en su magisterio la fe no puede ser vivida sólo en la vida privada, también las sociedades tienen que tener en el centro de su vida social y política a Dios. Pero en estos tiempos verdaderamente recios, una vez más vemos cumplidas la palabras de san Pablo: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20).

La vocación universal a la santidad es, sin duda, el mensaje central del Concilio Vaticano II: el mundo de hoy requiere más que nunca del testimonio de santidad de los miembros de la Iglesia; este es el único camino realmente eficaz para la nueva evangelización tantas veces reclamada por el magisterio de los últimos vicarios de Cristo. Y este mensaje del Concilio Vaticano II ya ha tenido abundantes frutos en nuestros días. Nuevos movimientos apostólicos suscitan la santidad de sus miembros, nuevas y antiguas congregaciones religiosas con renovada fidelidad han visto como crecían también las vocaciones en sus institutos religiosos, numerosos testimonios heroicos de vida cristiana, muchos de ellos silenciosos y escondidos a la mirada de los hombres, sólo Dios los sabe, y otros que en tantos países han dado y continúan dando testimonio heroico y público de su fe, derramando su sangre. Junto con ello el ejemplo admirable de los papas que han regido a la Iglesia en estos dos últimos siglos. Por ello ahora con gran gozo hemos querido dedicar este número a la memoria del beato Pablo VI, el papa del Concilio Vaticano II, que tuvo que sufrir aquel vendaval de desorientación que invadió a muchos ambientes eclesiales como consecuencia de las sesgadas interpretaciones del Concilio y que supo «conducir el timón de la barca de Pedro» con un admirable y extenso magisterio del que nos hacemos eco en las páginas de nuestra revista.

Pablo VI y el Concilio Vaticano II: testigo de la fe

JORGE SOLEY

PABLO VI en la última sesión pública del Concilio Ecuménico Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965 pronunciaba las siguientes palabras: «Este Concilio lega a la historia la imagen de la Iglesia católica configurada en esta aula, llena de pastores profesando la misma fe, respirando la misma caridad, asociados en la misma comunión de oración, de disciplina y de actividad, y –lo que es maravilloso– todos deseosos de una sola cosa, de ofrecerse a sí mismos como Cristo, nuestro Maestro y Señor, por la vida de la Iglesia y para la salvación del mundo».

El 29 de junio de 1972 en una Homilía de Pablo VI con ocasión de la solemnidad de san Pedro y san Pablo afirmaba: «Se diría que a través de alguna grieta ha entrado, el humo de Satanás en el templo de Dios. Hay dudas, incertidumbre, problemática, inquietud, insatisfacción, confrontación. [...] Se creía que después del Concilio vendría un día de sol para la historia de la Iglesia. Por el contrario, ha venido un día de nubes, de tempestad, de oscuridad».

Siete años separan estos textos, que parecen salidos de la boca de dos personas distintas, dos personas con una visión antitética de la Iglesia y el tiempo que está viviendo. Y sin embargo ambas citas corresponden al papa Pablo VI. ¿Cómo explicar este enorme contraste de juicio? Quizás las propias palabras de Pablo VI nos puedan ayudar a comprenderlo.

El Concilio Vaticano II había sido convocado por Juan XXIII a finales de 1961 y se iniciaba el 11 de octubre de 1962. Tras la muerte de Juan XXIII en pleno Concilio, es elegido en junio de 1963 nuevo papa el cardenal Montini, quien reinará con el nombre de Pablo VI. Pablo VI reanudará los trabajos del Concilio y lo llevará a su conclusión, el 8 de diciembre de 1965.

Resulta muy revelador detenerse en las alocuciones de Pablo VI en la fase final del Concilio Vaticano II. El 18 de noviembre de 1965 el Papa, al considerar «cual debe de ser la actitud de nuestros ánimos en el periodo post-conciliar» que ya es inminente, nos indica «los tres diferentes momentos espirituales» que suscitó el Concilio:

El primero «fue el del entusiasmo [...] estupor, alegría, esperanza, un sueño casi mesiánico».

Tras este momento de entusiasmo desatado se llega al segundo momento: «el del desarrollo efectivo del Concilio, caracterizado por la problematidad». Vemos que quien hubo de guiar la nave conciliar en momentos agitados no edulcora la realidad. Detalla aún más Pablo VI la situación que hubo de vivir: «todo se convirtió en discutido y discutible, todo apareció difícil y complejo, todo se intentó someter a la crítica y a la impaciencia de las novedades; aparecieron inquietudes, corrientes, temores, audacias, arbitrios; la duda apareció aquí y allá incluso en los cánones de la verdad y de la autoridad». Un desarrollo pues, en palabras de Pablo VI, que en términos humanos no resultaba muy esperanzador y que parecía echar por tierra las primeras y esperanzadas expectativas.

Y llegamos al tercer momento conciliar, en el que es el Espíritu Santo, de modo especial a través del Santo Padre, quien endereza el camino del Concilio: «la voz del Concilio empezó a hacerse oír: clara, meditada, solemne [...] La discusión acaba; empieza la comprensión. Al arado y la siembra sucede el cultivo ordenado y positivo».

Ahora sabemos que muchos no quisieron dar el paso a este tercer momento propugnado por Pablo VI y se empeñaron en alargar y extender ese segundo momento caracterizado por la duda, la crítica y la novedad frívola, provocando una de las crisis más profundas en la vida de la Iglesia católica.

Esa misma alocución, la penúltima de Pablo VI al Concilio, nos aclara también cómo debemos entender el término «aggiornamento», palabra que se convirtió en lema conciliar y de la que tanto se ha abusado para fines contrarios a los que explícitamente buscaba el Concilio. El Papa señala que la novedad de Concilio consiste en «una mayor conciencia de la comunión eclesial, [...] una mayor caridad que debe unir, activar, santificar la comunión jerárquica de la Iglesia. Este es el período del verdadero «aggiornamento», defendido por nuestro predecesor de venerada memoria Juan XXIII, quien en esta palabra programática ciertamente no quería atribuirle el significado que algunos intentan darle, como si permitiera «relativizar» según el espíritu del mundo todo en la Iglesia, dogmas, leyes, estruc-

turas, tradiciones, mientras que fue tan vivo y firme en él el sentido de estabilidad doctrinal y estructural de la Iglesia como para que hiciera de él la piedra angular de su pensamiento y su obra. «Aggiornamento» significará en adelante para nosotros sabia penetración del espíritu del Concilio celebrado y fiel aplicación de sus normas, feliz y santamente emanadas». Pablo VI habla aquí con una claridad que desarma y no rehúye polemizar ni reconocer que algunos distorsionan el programa querido por Juan XXIII y por él mismo para el Vaticano II, definiendo magistralmente su carácter relativista y su sumisión al espíritu del mundo. Una vez más, con la perspectiva que nos da el tiempo, podemos afirmar que la crisis post-conciliar también tuvo aquí otra de sus causas, pues fueron muchos los que no siguieron a Pablo VI y en vez de «penetrar sabiamente» en el magisterio emanado del Concilio prefirieron continuar, orgullosamente, con su lectura relativista de la Iglesia.

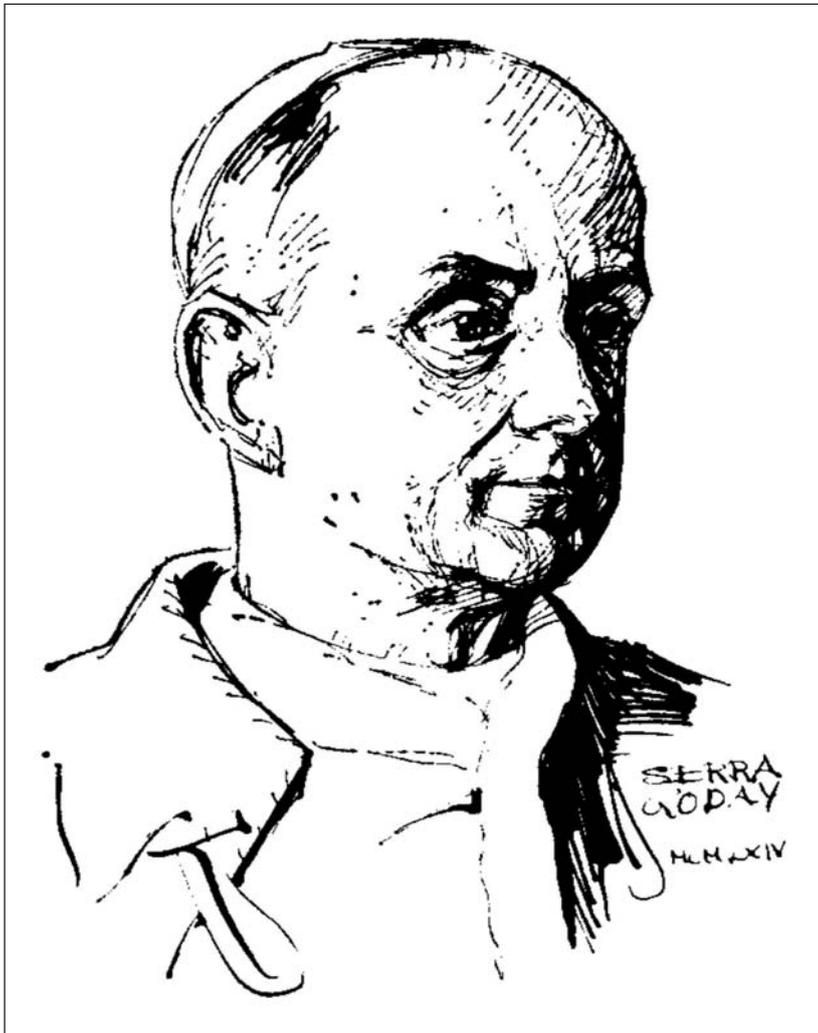
Acababa Pablo VI invitando a la labor que debía renovar la vida de la Iglesia: «a este trabajo Nos invitamos a nuestros hermanos y a nuestros hijos: que aquellos que aman a Cristo y a la Iglesia estén con nosotros en el profesar más claramente el significado de la verdad, propio de la tradición doctrinal que Cristo y los Apóstoles inauguraron; y con ella el sentido de la disciplina eclesiástica y de la unión profunda y cordial [...], como miembros de un mismo cuerpo». No fueron pocos los que aceptaron filialmente la invitación del Papa, pero aquellos que la rechazaron tampoco fueron una pequeña anécdota.

Si leemos ahora con detenimiento la última alocución de Pablo VI al Concilio, muy rica en contenido, encontraremos algunas afirmaciones que nos ayudarán a responder a la pregunta que nos hacíamos al inicio. En primer lugar encontramos la afirmación de la importancia de la transmisión de la verdad, de la doctrina de la Iglesia íntegra: «no sólo ofrece el Concilio a la posteridad la imagen de la Iglesia, sino también el patrimonio de su doctrina y sus mandamientos, el «depósito» recibido de Cristo y meditado a través de siglos, vivo y expresado, y ahora en tantas de sus partes aclarado, establecido y dispuesto en su integridad». Nada, pues, de cambios revolucionarios, sino transmisión íntegra de la doctrina en forma más adecuada para los tiempos en que vive la Iglesia es la intención explícita del Papa. Que a continuación se pregunta: «¿Podemos decir que hemos dado gloria a Dios?». A lo que responde: «Creemos con toda franqueza que sí». Es la misma pregunta que una y otra vez se hará Pablo VI a lo largo de su vida y que siempre responderá, aun en medio de tribulaciones insospechadas, con un inocente y amoroso sí.

Hablábamos de los tiempos que le ha tocado vivir a la Iglesia del Concilio Vaticano II, en tantos aspectos los mismos que vivimos hoy día. Unos tiempos que Pablo VI disecciona así en esta su última alocución: «un tiempo que todo el mundo admite está orientado hacia la conquista del reino de la tierra más que el reino de los cielos; un tiempo en el que el olvido de Dios se ha convertido en habitual y parece, equivocadamente, sugerido por el progreso científico; [...] un tiempo en el que el secularismo parece la consecuencia legítima del pensamiento moderno y la sabiduría en el orden temporal de la sociedad». Traza así el Papa un panorama certero y realista sobre un mundo desorientado, orgulloso y altanero pero perdido y sinsentido.

Es este mundo moderno del que se ha ocupado el Concilio, sigue Pablo VI, de un modo intenso, «hasta el punto que algunos han sospechado que un relativismo tolerante y excesivo frente al mundo exterior, a la historia fugaz, a la moda cultural, a las necesidades contingentes, al pensamiento de los demás, ha dominado en las personas y los actos del Sínodo ecuménico, a expensas de la fidelidad debida a la Tradición y en detrimento de la orientación religiosa del Concilio». Ya habíamos visto que estas sospechas, para el propio Pablo VI, no eran fantasías infundadas, pero aquí negará vigorosamente que esa actitud, existente en algunos, fuera la legítima y auténtica actitud del Concilio: «No creemos que esta deficiencia se deba imputar al mismo en sus verdaderas y profundas intenciones y en sus manifestaciones auténticas».

Al tiempo que nos da este juicio clarividente y que evita disimulos, Pablo VI afirma que la Iglesia en el Concilio Vaticano II se ha querido mostrar de modo especial como Madre. Sí, la Iglesia se ha ocupado del hombre, «del hombre como hoy en realidad se presenta: el hombre vivo, el hombre todo ocupado de sí mismo, el hombre que se hace el centro de todos los intereses, que se atreve a decirse principio y explicación de toda la realidad. [...] El hombre superhombre de ayer y hoy, y por eso siempre frágil y falso, egoísta y feroz». Ante este hombre alejado de Dios, soberbio y orgulloso, la Iglesia no teme humillarse y arriesgarse a la censura pública por ir a buscar a su hijo descarriado y sacarle del hediondo hoyo en el que ha caído. Pablo VI lo dirá con estas palabras: «La Iglesia se ha declarado la sierva de la humanidad», «El magisterio de la Iglesia [...] se ha abajado, por así decirlo, a dialogar con el hombre, [...] ha asumido la voz fácil y amiga de la caridad pastoral; ha deseado hacerse escuchar y comprender por todos; [...] ha buscado expresarse incluso con el estilo de la conversación hoy ordinaria, [...] ha hablado al hombre de hoy tal como es». Y en un pasaje de ecos agustinianos, dirá



luar todo bajo el aspecto del valor, es decir, de su utilidad, tendrá que admitir que el valor del Concilio es grande aunque sólo sea por esto: que todo se ha referido a la utilidad humana; no se diga nunca, por lo tanto, que una religión como la católica es inútil, la cual [...] toda ella se declara a favor y al servicio del hombre». Finalmente, esta esperanza es la que resuena en el mensaje de clausura del Concilio Vaticano II: «Nos parece escuchar cómo se eleva de todas partes en el mundo un inmenso y confuso rumor: la interrogación de todos los que miran al Concilio y nos preguntan con ansiedad: «¿No tenéis una palabra que decirnos... a nosotros los gobernantes..., a nosotros los intelectuales, los trabajadores, los artistas..., y a nosotras las mujeres, a nosotros los jóvenes, a nosotros los enfermos y los pobres?». [...] Estas voces implorantes no quedarán sin respuesta».

Sabemos ahora, y así lo han enseñado los papas que han sucedido a Pablo VI, que el mundo no quiso escuchar, que el hombre moderno, lejos de conmoverse ante esa madre que se humillaba, la ha rechazado orgullosamente, se ha cerrado a la acción de la gracia y ha desplegado un desprecio hacia ella

que con cada vez mayor frecuencia desemboca en persecución abierta.

El papa Pablo VI era muy consciente de ello transcurridos siete años de la clausura del Concilio. Había albergado esperanzas casi mesiánicas, pero la misión que Dios le pedía y las circunstancias le obligaban eran otras: «sentimos que tenemos que contener la ola de profanidad, desacralización, secularización, que sube, que oprime y que quiere confundir y desbordar el sentido religioso [...] o incluso hacerlo desaparecer». La Nave de Pedro navegaba por aguas agitadas, asistiendo a la que quizás ha sido la mayor defección, en términos cuantitativos, de su larga singladura: «pensamos de nuevo en este momento—con inmensa caridad— en todos nuestros hermanos que nos abandonan, en muchos que son fugitivos y olvidan», afirmaba Pablo VI.

Habíamos visto cómo algunas actitudes, contra las que ya había advertido Pablo VI y que él esperaba haber dejado atrás, no desaparecieron e incluso, al contrario, se erigieron en «intérpretes del espíritu del Concilio», socavando el Magisterio y la misma vida de la Iglesia. Pero la gravedad de lo ocurrido no puede atribuirse solamente a algunas personas desorientadas; llegamos aquí al famoso juicio de

Pablo VI que «la religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión (porque lo es) del hombre que se hace Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿una lucha, una batalla, una condena? Podría haber sido así; pero no es lo que ha sucedido. La antigua historia del samaritano ha sido el paradigma de la espiritualidad del Concilio. Un simpatía inmensa lo ha impregnado todo».

Estamos aún en la clausura del Concilio; Pablo VI, aunque consciente de los riesgos que se han corrido, confía en haberlos dejado atrás y se muestra optimista. Sabe cuál será la primera reacción ante el mensaje del Concilio y sus pretensiones, que «el mundo juzgará primero como locuras», pero después, «Nos lo esperamos, querrá reconocer como verdaderamente humanas, como sabias, como saludables». Y más adelante afirma: «Al menos reconocle este mérito, vosotros, modernos humanistas, que habéis renunciado a la trascendencia de las cosas supremas, y reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros, nosotros sobre todo, amamos al hombre». Es la misma idea, la de que el mundo moderno tendrá que reconocer al gesto, el esfuerzo de la Iglesia, la que expresa el Papa cuando sostiene que «la mentalidad moderna, acostumbrada a eva-

Pablo VI en la homilía de la que entresacábamos la cita con que iniciábamos este escrito: «Se diría que a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios. Hay dudas, incertidumbre, problemática, inquietud, insatisfacción, confrontación. Ya no se confía en la Iglesia, se confía más en el primer profeta profano —que nos viene a hablar desde algún periódico o desde algún movimiento social— para seguirle y preguntarle si tiene la fórmula de la verdadera vida; y, por el contrario, no nos damos cuenta de que nosotros ya somos dueños y maestros de ella. Ha entrado la duda en nuestras conciencias y ha entrado a través de ventanas que debían estar abiertas a la luz: la ciencia [...] Se ensalza el progreso para luego poder demolerlo con las revoluciones más extrañas y radicales». La confesión del Papa no oculta su desgarramiento interior: «También en nosotros, los de la Iglesia, reina este estado de incertidumbre. Se creía que después del Concilio vendría un día de sol para la historia de la Iglesia. Por el contrario, ha venido un día de nubes, de tempestad, de oscuridad, de búsqueda, de incertidumbre y se siente fatiga en dar la alegría de la fe. Predicamos el ecumenismo y nos alejamos cada vez más de los otros».

Ante este panorama una pregunta se impone: «¿Cómo ha ocurrido todo esto?» Y Pablo VI responde: «Nos os confiaremos nuestro pensamiento: ha habido un poder, un poder adverso. Digamos su nombre: el demonio. [...] Creemos en algo preternatural venido al mundo precisamente para perturbar, para sofocar los frutos del Concilio ecuménico y para impedir que la Iglesia prorrumpiera en el himno de júbilo por tener de nuevo plena conciencia de sí misma. Precisamente por esto, quisiéramos ser capaces, ahora más que nunca, de ejercer la función que Dios encomendó a Pedro de confirmar en la fe a los hermanos. Quisiéramos comunicarnos este carisma de la certeza que el Señor da a quien le representa, incluso indignamente, en esta tierra. Y deciros que la fe nos da una certeza verdaderamente segura». Pablo VI nos ofrece aquí un juicio y un programa: juicio del origen del mal que se ha abocado sobre la Iglesia, y el programa de lo que va a ser su pontificado hasta su muerte, el 6 de agosto de 1978.

Ante estos embates preternaturales, Pablo VI responde con un llamamiento al pueblo de Dios para que reafirme su fe: «Quisiéramos tan sólo que hicierais la experiencia de un acto de fe, en humildad y sinceridad; [...] Sí, Señor, yo creo en tu palabra; creo en tu Revelación; creo en quien tú me has dado como testigo y garantía de esta Revelación tuya, para sentir y probar, con la fuerza de la fe, el anticipo de la bienaventuranza de la vida que con la fe se nos ha prometido». No otro había sido el pro-

grama del Concilio, tal y como lo entendía Pablo VI cuando, en palabras ya citadas, insistía en que la Iglesia, con el Concilio, propone «el patrimonio de su doctrina y de sus mandamientos, el depósito recibido de Cristo».

Este proclamar al mundo la fe y la doctrina de la Iglesia, la buena nueva de Cristo, es lo que el papa Pablo VI tiene conciencia de estar realizando en su intervención ante la Asamblea de Naciones Unidas el 4 de octubre de 1965. Allí alzaré su voz ante los representantes de los estados de todo el mundo y les diré lo siguiente: «*Traemos un mensaje para toda la humanidad. [...] Así como el mensajero que al término de un largo viaje entrega la carta que le ha sido confiada así tenemos nosotros conciencia de vivir el instante privilegiado —por breve que sea— en que se cumple un anhelo que llevamos en el corazón desde hace casi veinte siglos. Sí, os acordáis. Hace mucho tiempo que llevamos con nosotros una larga historia; celebramos aquí el epílogo de un laborioso peregrinaje en busca de un coloquio con el mundo entero, desde el día en que nos fue encomendado: «Id, propagad la buena Nueva a todas las naciones»*». Hablaba Pablo VI de expectativas casi mesiánicas al inicio del Concilio, pero si alguno de sus gestos y palabras merecen ese calificativo probablemente sea este anuncio a los representantes de todos los pueblos, acto nunca antes realizado y que constituye uno de los hitos de su pontificado.

Pero trasladémonos ahora a otra solemnidad de san Pedro y san Pablo, esta vez la del 29 de junio de 1978, poco más de un mes antes del fallecimiento de Pablo VI, el 6 de agosto de aquel mismo año. En esta especie de testamento que constituye la homilía del Papa con motivo de esa festividad (Pablo VI afirma que su espíritu «continuamente se prepara al encuentro con el justo Juez») contemplamos nuevamente a un Papa en medio de una enorme tempestad de confusión que se aferra tenazmente a su función de proclamar la fe, de no permitir que ésta sea desfigurada.

No hace falta acudir a sutiles intérpretes, pues allí Pablo VI nos lega su último juicio sobre su pontificado, marcado por el Concilio Vaticano II y su posterior desarrollo y recepción. Así, dirá el Papa: «Queremos echar una mirada de conjunto a lo que ha sido el período durante el cual hemos tenido confiada por el Señor su Iglesia; y, considerándonos el último e indigno sucesor de Pedro, nos sentimos en este umbral supremo consolado y animado por la conciencia de haber repetido incansablemente ante la Iglesia y el mundo: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16); y como Pablo, creemos que podemos decir: «He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe» (2 Tim 4, 7)».

¿Cuál es la fe que ha guardado Pablo VI? En sus propias palabras: «la fe no es resultado de la especulación humana (cf. 2 Pe 1, 16), sino el «depósito» recibido de los Apóstoles, quienes a su vez lo recibieron de Cristo al que ellos han «visto, contemplado y escuchado» (1 Jn 1, 1-3). Esta es la fe de la Iglesia, la fe apostólica. He ahí, hermanos e hijos, el propósito incansable, vigilante, agobiador que nos ha movido durante estos quince años de pontificado. *Fidem servavi*, podemos decir hoy, con la humilde y firme conciencia de no haber traicionado nunca «la santa verdad». Ante tantas defecciones, ante tantos errores y confusiones como se expandieron en el mismo seno de la Iglesia durante aquel periodo, el papa Pablo VI proclama que no ha traicionado la misión encomendada por Jesús a Pedro, a pesar de incomprendimientos, ataques y sufrimientos sin fin, el Papa ha sido fiel.

Y esta fidelidad, que permea todo su pontificado, destaca de modo especial, nuevamente en sus propias palabras, en «nuestra «Profesión de fe» que justamente hace diez años, el 30 de junio de 1968, pronunciamos solemnemente en nombre y cual empeño de toda la Iglesia como «Credo del Pueblo de Dios» para recordar, para reafirmar, para corroborar los puntos capitales de la fe de la Iglesia misma [...]

en un momento en que fáciles ensayos doctrinales parecían sacudir la certeza de tantos sacerdotes y fieles».

En este momento final de su vida terrena, Pablo VI habla también con autoridad, usando palabras fuertes y sinceras, reconociendo explícitamente su angustia, muy consciente de cuál es la responsabilidad del ministerio petrino: «Queremos además, hacer una llamada, angustiada sí, pero también firme, a cuantos se comprometen personalmente a sí mismos y arrastran a los demás con la palabra, con los escritos, con su comportamiento, por las vías de las opiniones personales y después por las de la herejía y del cisma, desorientando las conciencias de los individuos y la comunidad entera [...] Los amonestamos paternamente: que se guarden de perturbar ulteriormente a la Iglesia; ha llegado el momento de la verdad, y es preciso que cada uno tenga conciencia clara de las propias responsabilidades frente a decisiones que deben salvaguardar la fe».

Pablo VI, durante el Concilio y el post-Concilio, no negó las evidencias, sufrió lo indecible, pero podemos decir que nunca renunció a proclamar y salvaguardar la fe de la Iglesia; en medio de tempestades y traiciones, su voz retumbó siempre, angustiada y sufriente, pero firme y fiel.

Pablo VI y el Corazón de Jesús

De la riqueza inescrutable de Cristo (Ef 3, 8), brotada del costado traspasado del Redentor divino en el momento en que, muriendo en la Cruz, reconcilió con el Padre celestial el género humano, se ha revelado en una luz tan fúlgida durante estos últimos tiempos el progreso del culto al Sagrado Corazón de Jesús, del cual han resultado unos frutos maravillosos en beneficio de la Iglesia [...] Deseamos que a todos los fieles sean explicadas en el modo más adaptado los profundos y misteriosos fundamentos doctrinales que ilustran los infinitos tesoros de la



caridad del Sagrado Corazón; (cf. Rom 13.10). [...] Que el culto al Sagrado Corazón, que –lo decimos con dolor– se ha debilitado en algunos, reflorezca cada día más y sea considerado por todos como una forma nobilísima y digna de aquella verdadera piedad que en nuestro tiempo especialmente viene reclamada por obra del Concilio Vaticano II hacia Cristo Jesús, rey y centro de todos los corazones, cabeza del cuerpo que es la Iglesia... el principio, el primogénito de los que han vuelto a la vida para que en todo tenga Él el primado (Col 1, 18).

PABLO VI, *Investigabiles divitias Christi*

El Credo del Pueblo de Dios

JOSÉ LUIS GANUZA

EL 22 de febrero de 1967 Pablo VI publica la exhortación apostólica «*Petrum et Paulum Apostolos*» en la que convoca el Año de la Fe que tendría lugar desde el 29 de junio de 1967 al 29 de junio de 1968. Durante este año toda la Iglesia estaba llamada a celebrar el XIX centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo. En ese documento, en el que también se exhortaba a rezar el Credo con una mayor solemnidad, el Papa decía las siguientes preocupantes palabras:

«Y mientras decae el sentido religioso entre los hombres de nuestro tiempo, privando a la fe de su fundamento natural, opiniones exegéticas o teológicas nuevas, tomadas muchas veces de las más audaces, pero ciegas filosofías profanas, se insinúan acá y allá en el campo de la doctrina católica, poniendo en duda o deformando el sentido objetivo de verdades autorizadamente enseñadas por la Iglesia, y con el pretexto de adaptar las ideas religiosas a la mentalidad del mundo moderno, se prescinde de la guía del magisterio eclesiástico, se da a la especulación teológica una dirección radicalmente historicista, se tiene la osadía de despojar el testimonio de la Sagrada Escritura de su carácter histórico y sagrado y se intenta introducir en el Pueblo de Dios una mentalidad que llaman «postconciliar», que del Concilio deja a un lado la firme coherencia de sus amplios y magníficos desarrollos doctrinales y legislativos, con el tesoro de ideas y de normas prácticas de la Iglesia, para despojarlas de su espíritu de fidelidad tradicional y para difundir la ilusión de dar del cristianismo una nueva interpretación, arbitraria y estéril. ¿Qué quedaría del contenido de nuestra fe y de las virtudes teologales, que en ella se profesan, si estos intentos, lejos de la aprobación del magisterio eclesiástico, hubieran de prevalecer?»

Algo ciertamente grave estaba pasando en aquellos momentos en la Iglesia.

El Año de la Fe y el Sínodo de los obispos

A partir de la exhortación apostólica «*Petrum et Paulum*», Pablo VI comenzó una catequesis continuada sobre la fe que se extendió desde el 1 de marzo de 1967 hasta diciembre del año siguiente, unos meses después de la clausura

del Año de la Fe. En ellas expone la naturaleza de la fe, la necesidad de hacerla vida, cómo transmitirla y profesarla y las grandes dificultades y objeciones del tiempo actual.¹ En la clausura del Año de la Fe tuvo lugar la proclamación de *El Credo del Pueblo de Dios* que lleva fecha de 30 de junio de 1968.

El 29 de septiembre de 1967, dentro del Año de la Fe, tenía lugar la ceremonia de apertura del primer sínodo de obispos que se extendería hasta el 29 de octubre. Los sínodos de obispos los había instituido Pablo VI durante la época conciliar con la carta apostólica *Apostolica sollicitudo*, promulgada con el «*motu proprio*» el 15 septiembre de 1965. Este era el primero que se convocaba y llevaba el siguiente título: «*Preservación y fortalecimiento de la fe católica, su integridad, su fuerza, su desarrollo, su coherencia doctrinal e histórica*».

Ya el título indica la preocupación del Pontífice.

El Catecismo Holandés

No había pasado un año de la clausura del Concilio, que tuvo lugar el 8 de diciembre de 1965. Era octubre de 1966, cuando veía la luz un libro que iba a tener una enorme repercusión en todos los medios eclesiásticos y adicionalmente en los culturales por la polémica que desencadenó. Se trataba del «*De Nieuwe Katechismus*»,² publicado por el Instituto Catequético de Nimega. El nuevo Catecismo llevaba el «imprimatur» del cardenal Alfrink e iba precedido por un prólogo firmado por los obispos holandeses. Adicionalmente

1. Cf. Rafael DELGADO ESCOLAR «La fe profesada y anunciada en el magisterio de Pablo VI». San Dámaso 14/05/2013).

2. Las traducciones del *Catecismo* al inglés, alemán, francés, castellano, catalán etc. no se hicieron esperar y fueron un continuo tema polémico de gran repercusión en el que tuvieron que intervenir las correspondientes conferencias episcopales con mayor o menor vigor. En España se publicó en 1969 como «*Nuevo Catecismo para adultos. Versión íntegra del Catecismo Holandés*» en Herder, incluyendo en un apéndice la Declaración de la Comisión cardenalicia. Su publicación fue desautorizada el 23 de abril por la Conferencia Episcopal).

se leyó en las iglesias de Holanda una carta pastoral colectiva anunciándolo. Se dice que los primeros cien mil ejemplares ya estaban vendidos por encargo, antes de salir al público general lo mismo que apalabrado el permiso de traducción a diversas lenguas. Su difusión fue extraordinaria.

Un mes después se produce una protesta, suscitada por un grupo de católicos holandeses, que acusan al texto, en carta al Papa, de «afirmaciones que están total o parcialmente contra la fe o que interpretan ambiguamente la verdad...»

El Sumo Pontífice escribió una carta el 30 de marzo al cardenal Alfrink y convocó una reunión del 8 al 10 de abril que tuvo lugar en Gazzada. Envió a tres teólogos para buscar fórmulas que hicieran desaparecer los puntos en litigio. Por su parte el episcopado holandés envió otros tres entre los que se encontraban el jesuita Schoonenberg y el dominico Schillebeeckx que se tenían por los principales inspiradores del nuevo Catecismo. La reunión que tenía que revisar catorce puntos principales aprobados por la Sagrada Congregación del Concilio acabó sin fruto porque cada delegación presentó su propia posición al Papa. Entonces Pablo VI nombró una comisión de cardenales que realizó sus trabajos desde el 27 de junio al 24 de diciembre en que se emitió el informe final. Las correcciones debían realizarlas dos teólogos de la Comisión cardenalicia y dos del episcopado holandés. Uno de estos últimos, perteneciente al Instituto Catequético de Nimega, se negó a colaborar. Los otros tres llegaron a un texto concordado sobre las correcciones que fueron comunicadas al Instituto Catequético de Nimega el 14 de marzo de 1968.³ El 10 de junio los autores del *Catecismo* respondían a los obispos holandeses: «Hemos llegado juntos a la conclusión unívoca de que las propuestas (de correcciones), tanto tomadas singularmente como en su conjunto deben ser rechazadas». Veinte días después Pablo VI, el 30 de junio, pronunciaba la solemne profesión de fe, «*El Credo del Pueblo de Dios*».

No fue la única causa, pero ciertamente tuvo una gran influencia, pues el texto del *Credo* incorpora los principales puntos a corregir en el *Catecismo*.

3. Cf. *Correcciones al Catecismo Holandés* en la BAC Minor 1969.

Le Paysan de la Garonne.

MARITAIN era un antiguo conocido de Montini y había tratado mucho con él cuando fue embajador de Francia ante la Santa Sede. Pensador tomista, se había distinguido desde los años treinta, en sus consideraciones sociopolíticas, por un cristianismo democrático de izquierdas.

La publicación de su libro, «El campesino del Garona. Un viejo laico se interroga a propósito del tiempo presente», el año 1966 fue muy comentada. En ella Maritain se lamenta de los falsos «aggiornamentos» y dice aquella frase que fue muy repetida de que «el modernismo del tiempo de Pío X no era más que un ligero resfriado» comparado con los gravísimos errores doctrinales del momento. Resultó muy sorprendente en el sentido de que un reconocido católico progresista, asustado por la situación que estaba contemplando, publicase un libro antimodernista y se le acusó de combatir ahora una corriente que había contribuido como nadie a crear.⁴

Maritain sugiere a Pablo VI a través del amigo común, el cardenal Journet, la conveniencia de hacer una manifestación de fe ante la actual crisis de la Iglesia. El Papa le pidió al cardenal Journet un esquema sobre lo que se podía hacer y éste a su vez pide ayuda a Maritain. Éste le contesta en enero de 1968 con un borrador que el cardenal a su vez pasa al Papa. Parte de ese esquema con varias modificaciones subsiste en la estructura del *Credo*.⁵

El contenido del Credo

HAREMOS una breve reseña del contenido del *Credo*⁶ y destacaremos algunos puntos que el *Credo* incorpora o destaca respecto a otros símbolos.

Posteriormente el *Catecismo de la Iglesia católica* publicado en 1992 incluyó numerosas referencias a esta formulación de la fe de Pablo VI.

4. Cf. FRANCISCO CANALS, En torno a «Le Paysan de la Garonne», CRISTIANDAD n° 438, agosto 1967.

5. Cf. 30 Giorni 04-2008 «Pablo VI, Maritain y la fe de los apóstoles» y «Pequeños arreglos romanos».

6. Más información en la obra del padre Cándido Pozo, *El Credo del Pueblo de Dios*, BAC Minor.

La gravedad e importancia del documento queda marcada desde el comienzo. Habla en nombre de toda la Iglesia y expone su fe. La infalibilidad del documento no es por ser definición ex cátedra, sino por ser la expresión de la fe del Pueblo de Dios y hablar en nombre de todos los pastores y fieles.

Contra las falsas hermenéuticas, que pueden desmontar cualquier doctrina, recuerda siguiendo a santo Tomás, que la inteligencia puede llegar a conocer la verdad, lo que son las cosas. No se puede hacer teología con filosofías erróneas.

1. «(...) hemos dedicado este año a conmemorar a los Santos Apóstoles no sólo con la intención de testificar nuestra inquebrantable voluntad de conservar íntegramente el depósito de la fe, el cual ellos nos transmitieron, sino también con la de robustecer nuestro propósito de llevar la misma fe a la vida en este tiempo...»

3. «(...) debemos cumplir el mandato confiado por Cristo a Pedro (...) que confirmemos en la fe a los hermanos»

4. «Bien sabemos, al hacer esto, por qué perturbaciones están hoy agitados, en lo tocante a la fe, algunos grupos de hombres. Los cuales no escaparon al influjo de un mundo que se está transformando enteramente, en el que tantas verdades son o completamente negadas o puestas en discusión. Más aún, vemos incluso a algunos católicos como cautivos de cierto deseo de cambiar o de innovar. (...) mientras se realiza este necesario deber de investigación, no se derriben verdades de la doctrina cristiana. Si esto sucediera –y vemos dolorosamente que hoy sucede en realidad–, ello llevará la perturbación y la duda a los fieles ánimos de muchos»

5. «A este propósito es de suma importancia advertir que, además de lo que es observable y de lo descubierto por medio de las ciencias, la inteligencia que nos ha sido dada por Dios, puede llegar a lo que es, no sólo a significaciones subjetivas de lo que llaman estructuras, o de la evolución de la conciencia humana. Por lo demás, hay que recordar que pertenece a la interpretación o hermenéutica, el que, atendiendo a la palabra que ha sido pronunciada, nos esforcemos por entender y discernir el sentido contenido en tal texto, pero no innovar, en cierto modo, este sentido, según la arbitrariedad de una conjetura»

6. «Sin embargo, ante todo, confiamos firmísimamente en el Espíritu Santo, que es el alma de la Iglesia, y en la fe teológica en que se apoya la vida del Cuerpo místico. (...) Pero hoy se nos ofrece la oportunidad de proferir una palabra más solemne».

7. «Queremos que esta nuestra profesión de fe sea lo bastante completa y explícita para satisfacer,

de modo apto, a la necesidad de luz que oprime a tantos fieles (...) Por tanto, para gloria de Dios omnipotente y de Nuestro Señor Jesucristo, poniendo la confianza en el auxilio de la Santísima Virgen María y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, para utilidad espiritual y progreso de la Iglesia, en nombre de todos los sagrados pastores y fieles cristianos, y en plena comunión con vosotros, hermanos e hijos queridísimos, pronunciamos ahora esta profesión de fe».

La Unicidad y Trinidad de Dios

El comienzo difiere algo del símbolo Niceno, ya que comienza afirmando simultáneamente la Unidad y la Trinidad al estilo del Concilio IV de Letrán. La creación de lo visible y lo invisible ya está en el de Nicea, pero las necesidades actuales hacen explicitarlo más, nombrando a los ángeles y a las almas.⁷

Se explicita a trascendencia de Dios y los atributos de la esencia divina, la autorrevelación del nombre de Dios con su gran contenido como el único que tiene el ser por sí mismo y no recibido, y luego una preciosa expresión de la vida íntima y las procesiones trinitarias.

8. «Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador de las cosas visibles (...) y de las cosas invisibles –como son los espíritus puros, que llamamos también ángeles– y también Creador, en cada hombre, del alma espiritual e inmortal.»

9. «Creemos que este Dios único es tan absolutamente uno en su santísima esencia como en todas sus demás perfecciones: en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y caridad. Él es el que es, como él mismo reveló a Moisés (cf. Ex 3,14), Él es Amor, como nos enseñó el apóstol Juan (cf. 1Jn 4,8) de tal manera que estos dos nombres, Ser y Amor, expresan inefablemente la misma divina esencia (...) Sólo Dios puede otorgarnos un conocimiento recto y pleno de sí mismo, revelándose a sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo, de cuya vida eterna estamos llamados por la gracia a participar, aquí, en la tierra, en la oscuridad de la fe, y después de la muerte, en la luz sempiterna. Los vínculos mu-

7. La comisión de cardenales pedía aclarar estos puntos que quedaban confusos en el *Catecismo Holandés*. El alma como «forma» del cuerpo es una verdad filosófica conexas con la fe, definida en el concilio de Vienne y recogida también en el *Catecismo de la Iglesia católica* pues sin ella se derrumba cualquier antropología y es imposible una soteriología o escatología católica.

tuos que constituyen a las tres personas desde toda la eternidad, cada una de las cuales es el único y mismo Ser divino, son la vida íntima y dichosa del Dios santísimo,....».

10. «Creemos, pues, en Dios, que en toda la eternidad engendra al Hijo; creemos en el Hijo, Verbo de Dios, que es engendrado desde la eternidad; creemos en el Espíritu Santo, persona increada, que procede del Padre y del Hijo como Amor sempiterno de ellos. Así, en las tres personas divinas, que son eternas entre sí e iguales entre sí, la vida y la felicidad de Dios enteramente uno abundan sobremanera y se consuman con excelencia suma y gloria propia de la esencia increada; y siempre hay que venerar la unidad en la Trinidad y la Trinidad en la unidad.»

Cristología

La divinidad de Cristo queda resaltada con la afirmación latina de la consubstancialidad y la griega *homoousios* de las polémicas antiarrianas. Siguiendo a Éfeso y Calcedonia se resalta también la unidad personal y la doble naturaleza. La vida, Pasión redentora⁸ y resurrección de Cristo se completa con el juicio, los dos estados de la escatología final y el Reino sin fin. También se nombra la divinización del cristiano por la gracia.

11. «Creemos en nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Él es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre, u *homoousios to Patri*; por quien han sido hechas todas las cosas. Y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María la Virgen, y se hizo hombre: igual, por tanto, al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad completamente uno, no por confusión (que no puede hacerse) de la substancia, sino por unidad de la persona».

12. «Él mismo habitó entre nosotros (...) Nos dio su mandamiento nuevo de que nos amáramos los unos a los otros como Él nos amó. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas evangélicas, (...) Padeció bajo Poncio Pilato; (...) murió por nosotros clavado a la cruz, trayéndonos la salvación con la sangre de la redención. Fue sepultado, y resucitó por su propio poder al tercer día, elevándonos por su resurrección a la participación de la vida divina, que es la gracia. Subió al cielo, de donde ha de venir de nuevo, entonces con gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, a cada uno según los propios méritos: los que hayan respondido al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna, pero los que los

hayan rechazado hasta el final serán destinados al fuego que nunca cesará».

Y su Reino no tendrá fin.

El Espíritu Santo

Además de las adiciones constantinopolitanas al credo de Nicea para expresar la divinidad del Espíritu Santo contra los macedonianos, se añade la acción vivificadora con la inhabitación y la presencia de la gracia tan consoladora para el ofrecimiento de nuestra vida.

13. «Creemos en el Espíritu Santo, Señor y vivificador que, con el Padre y el Hijo, es juntamente adorado y glorificado. ... ilumina, vivifica, protege y rige la Iglesia, cuyos miembros purifica con tal que no desechen la gracia. Su acción, que penetra lo íntimo del alma, hace apto al hombre de responder a aquel precepto de Cristo: Sed perfectos como también es perfecto vuestro Padre celeste (cf. Mt 5,48)».

Mariología

Resulta agradable sorpresa la existencia por primera vez de un apartado dedicado a Nuestra Madre en un símbolo. La Madre de Cristo, la Perpetua Virginitad,⁹ la Inmaculada, la de gracia eximia, la corredentora, la Asunta, la Madre de la Iglesia que ejercita su mediación materna. Todo queda reflejado ante el nuevo minimalismo mariano de influencia protestante que se vivía.

14. «Creemos que la Bienaventurada María, que permaneció siempre Virgen, fue la Madre del Verbo encarnado, Dios y Salvador nuestro, Jesucristo y que ella, por su singular elección, en atención a los méritos de su Hijo redimida del modo más sublime, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original y que supera ampliamente en don de gracia eximia a todas las demás criaturas».

15. «Ligada por un vínculo estrecho e indisoluble al misterio de la encarnación y de la redención, la beatísima Virgen María, Inmaculada, terminado el curso de la vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma (...) Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo, por el que contribuye para engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos».

9. La perpetua virginidad antes, en, y después del parto fue tema polémico en las discusiones del *Catecismo Holandés* que sólo decía «Juan 19,27 hace particularmente improbable que María tuviera otros hijos fuera de Jesús».

8. La satisfacción por los pecados era otro tema polémico en el *Catecismo Holandés*.

Pecado original

Otra adición al símbolo niceno-constantinopolitano posiblemente motivada por la polémica holandesa.¹⁰ Aparecen reseñados los efectos del pecado original, su universalidad, su diferencia con los pecados personales, su transmisión por generación, la necesidad del bautismo y su administración a los niños.

16. «Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa (...) Así, pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de la gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado. Mantenemos, pues, siguiendo el Concilio de Trento, que el pecado original se transmite, juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación, y que se halla como propio en cada uno».

17. «Creemos que nuestro Señor Jesucristo nos redimió, por el sacrificio de la cruz, del pecado original y de todos los pecados personales».

18. «Confesamos creyendo un solo bautismo instituido por nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. Que el bautismo hay que conferirlo también a los niños, que todavía no han podido cometer por sí mismos ningún pecado, de modo que, privados de la gracia sobrenatural en el nacimiento nazcan de nuevo, del agua y del Espíritu Santo, a la vida divina en Cristo Jesús».

La Iglesia

La Iglesia es presentada con sus cuatro notas, y como cuerpo místico, que es visible en su jerarquía edificada sobre Pedro y comunidad espiritual peregrinante. Ella es asistida por el Espíritu Santo, como maestra, y dotada de infalibilidad.

Fuera de la Iglesia hay elementos de santificación y verdad que como propios de la Iglesia empujan a la unidad católica. Creemos que la Iglesia es necesaria para la salvación, aunque también Dios puede salvar a los que la desconocen sin culpa.

10. En las correcciones necesarias se pide que «Hay que evitar también esas expresiones que pueden dar a entender que el pecado original en tanto es contraído por cada nuevo miembro de la familia humana, en cuanto es sometido internamente desde su nacimiento al influjo de la comunidad de los hombres, donde reina el pecado, y así se encuentra ya situado, de alguna forma, en el camino del pecado.»

19. «Creemos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra, que es Pedro. Ella es el Cuerpo místico de Cristo, sociedad visible, equipada de órganos jerárquicos, y, a la vez, comunidad espiritual; Iglesia terrestre, Pueblo de Dios peregrinante aquí en la tierra e Iglesia enriquecida por bienes celestes; (...) Durante el transcurso de los tiempos el Señor Jesús forma a su Iglesia por medio de los sacramentos, que manan de su plenitud... Porque la Iglesia hace por ellos que sus miembros participen del misterio de la muerte y la resurrección de Jesucristo, por la gracia del Espíritu Santo, que la vivifica y la mueve. Es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores, porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida, se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma que impiden que la santidad de ella se difunda radiante...»

20. «(...) edificada sobre el fundamento de los apóstoles, cuya palabra siempre viva y cuyos propios poderes de pastores transmite fielmente a través de los siglos en el Sucesor de Pedro y en los obispos que guardan comunión con él; gozando finalmente de la perpetua asistencia del Espíritu Santo.... Nosotros creemos todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la Iglesia, o con juicio solemne, o con magisterio ordinario y universal, para ser creídas como divinamente reveladas. Nosotros creemos en aquella infalibilidad de que goza el Sucesor de Pedro cuando habla *ex cathedra* y que reside también en el Cuerpo de los obispos cuando ejerce con el mismo el supremo magisterio».

22. «Nosotros también, reconociendo por una parte que fuera de la estructura de la Iglesia de Cristo se encuentran muchos elementos de santificación y verdad, que como dones propios de la misma Iglesia empujan a la unidad católica, y creyendo, por otra parte, en la acción del Espíritu Santo, que suscita en todos los discípulos de Cristo el deseo de esta unidad, esperamos que los cristianos que no gozan todavía de la plena comunión de la única Iglesia se unan finalmente en un solo rebaño con un solo Pastor».

23. «Nosotros creemos que la Iglesia es necesaria para la salvación. Porque sólo Cristo es el Mediador y el camino de la salvación que, en su Cuerpo, que es la Iglesia, se nos hace presente. Pero el propósito divino de salvación abarca a todos los hombres: y aquellos que, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, sin embargo, a Dios con corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, por cumplir con obras su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, ellos también, en un número ciertamente que sólo Dios conoce, pueden conseguir la salvación eterna».

Otro tema grave que ya había tratado Pablo VI en la encíclica «*Mysterium fidei*» (1965) es el de la presencia «verdadera, real y sustancial» y la defensa del término «transubstanciación» frente a otros términos como «transfinalización» y «transignificación». Aquí es nuevamente expuesto ante las múltiples desviaciones en un tema tan fundamental.¹¹ Se recuerda, asimismo la presencia de Cristo en el Sagrario y la obligación suavísima de adorarlo.

También se recuerda la diferencia entre el sacerdocio ministerial recibido por el sacramento del orden y el común de todos los fieles.

24. «Nosotros creemos que la misa que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sacramento del orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares. Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la última Cena se convirtieron en su cuerpo y su sangre, que en seguida iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, sentado gloriosamente en los cielos; y creemos que la presencia misteriosa del Señor bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, es verdadera, real y sustancial».

25. «En este sacramento, Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la conversión de toda la sustancia del pan en su cuerpo y la conversión de toda la sustancia del vino en su sangre, permaneciendo solamente íntegras las propiedades del pan y del vino, que percibimos con nuestros sentidos. La cual conversión misteriosa es llamada por la Santa Iglesia conveniente y propiamente transubstanciación. Cualquier interpretación de teólogos que busca alguna inteligencia de este misterio, para que concuerde con la fe católica, debe poner a salvo que, en la misma naturaleza de las cosas, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino, realizada la consagración, han dejado de existir, de modo que, el adorable cuerpo y sangre de Cristo, después de ella, están verdaderamente presentes delante de nosotros bajo las especies sacramentales del pan y del vino...»

11. Otro tema de controversia en el *Catecismo Holandés* que dice: «el pan es signo, por el que Jesús está entre nosotros (...) lo propio o el ser de las cosas consiste en lo que —cada una a su modo— son y significan para el hombre».

26. «La única e indivisible existencia de Cristo, el Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, después de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos».

Escatología

Se resalta la trascendencia de la misión de la Iglesia en el mundo. Se recuerda la esperanza de la resurrección de los cuerpos y de los bienes eternos. Se habla de la existencia del purgatorio, la triple dimensión de la Iglesia, militante, purgante y triunfante dentro de la comunión de los santos, y también se añade el tema de que desde el cielo los bienaventurados participan en el gobierno de las cosas de este mundo e interceden por nosotros.

27. «Confesamos igualmente que el reino de Dios, que ha tenido en la Iglesia de Cristo sus comienzos aquí en la tierra, no es de este mundo (cf. Jn 18,36), cuya figura pasa (cf. 1Cor 7,31), y también que sus crecimientos propios no pueden juzgarse idénticos al progreso de la cultura de la humanidad o de las ciencias o de las artes técnicas, sino que consiste en que se conozcan cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en que se ponga cada vez con mayor constancia la esperanza en los bienes eternos, en que cada vez más ardientemente se responda al amor de Dios; finalmente, en que la gracia y la santidad se difundan cada vez más abundantemente entre los hombres...»

28. «Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de todos aquellos que mueren en la gracia de Cristo —tanto las que todavía deben ser purificadas con el fuego del purgatorio como las que son recibidas por Jesús en el paraíso en seguida que se separan del cuerpo, como el Buen Ladrón— constituyen el Pueblo de Dios después de la muerte, la cual será destruida totalmente el día de la resurrección, en el que estas almas se unirán con sus cuerpos».

29. «Creemos que la multitud de aquellas almas que con Jesús y María se congregan en el paraíso, forma la Iglesia celeste, donde ellas, gozando de la bienaventuranza eterna, ven a Dios, como Él es y participan también, ciertamente en grado y modo

diverso, juntamente con los santos ángeles, en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado, como quiera que interceden por nosotros y con su fraterna solicitud ayudan grandemente nuestra flaqueza».

30. «Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestras oraciones, como nos aseguró Jesús: Pedid y recibiréis (cf. Lc10,9-10; Jn 16,24). Profesando esta fe y apoyados en esta esperanza, esperamos la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero.

Bendito sea Dios, santo, santo, santo. Amén».

El Espíritu Santo asiste a la Iglesia.

Es bastante común dividir el pontificado de Paulo VI en dos etapas aunque la frontera no se determine de una manera exacta. Ciertamente es que todas sus encíclicas, siete en total, se dan entre los años 1963 y 1968. Pero también habría que decir que no acaba allí su actividad magisterial porque ocho de sus doce exhortaciones apostólicas son posteriores a esa fecha.

Lo que sí parece es que en 1968 se produce un cambio en su imagen y en el tratamiento que recibe tanto desde la contestación eclesiástica como en la consideración desde el mundo cultural que hasta entonces le había tratado con cierta consideración.

El cardenal Ratzinger en una homilía a los pocos días de su muerte dijo que podía percibirse «de modo directo la metamorfosis de la fe operada en su persona, una metamorfosis forjada en la Cruz». Y también: «Cada vez más el pontificado significó ser clavado en la Cruz. Sabemos que antes de su 75 cumpleaños, y también antes del 80, luchó intensamente contra la idea de retirarse (...) Pablo

VI aceptó su servicio papal cada vez más como metamorfosis de la fe en el sufrimiento (...) Cada vez más el pontificado significó para él dejarse ceñir las vestiduras por otro y ser clavado en la Cruz». ¹²

Cuando un papa habla como papa, es decir en materia de fe y moral y como Pastor de la Iglesia universal ejerciendo su plena autoridad, no en otros casos, es asistido por el Espíritu Santo y ahí reside la gran maravilla de la continuidad e integridad del magisterio de la Iglesia. El decidirse a hacerlo es un problema prudencial que afecta a la conciencia del Pontífice. Si no lo hace no queda comprometida la infalibilidad de la Iglesia pero puede seguirse un grave daño al pueblo fiel. Pablo VI, era consciente de la gravedad de la situación y eligió la cruz al exponer la doctrina.

Sabía muy bien las repercusiones de lo que decía y conocía muy bien la opinión pública. Decía también Ratzinger en la homilía citada: «En el curso de su carrera curial había aprendido a dominar de modo virtuoso los instrumentos de la diplomacia. Pero estos pasaron cada vez más a un segundo plano en la metamorfosis de la fe a la que se sometió.»

El cardenal «Hamlet», como le llamó san Juan XXIII en cierta ocasión, era el Papa amante del diálogo de la «*Ecclesiam suam*», su encíclica programática. Pero también era muy consciente de la responsabilidad de su cargo, y fue también el Papa heroico de «*El Credo del Pueblo de Dios*» y de la «*Humanae vitae*». Esto le costó el desprecio del mundo pero permitió que las ovejas escucharan su voz de buen pastor. Su sufrimiento le ha llevado ahora a los altares.

En la audiencia del 21 de junio de 1972 comentó de una manera misteriosa su situación: «Quizá el Señor me ha llamado a este servicio no porque yo tenga aptitudes, o para que gobierne y salve la Iglesia en las presentes dificultades, sino para que yo sufra algo por la Iglesia, y aparezca claro que es Él, y no otros, quien la guía y la salva».

12. Ver «Alfa y Omega» 01/07/2013.



«Mysterium fidei», la encíclica sobre la Eucaristía

IBÓN ELÓSEGUI

MYSTERIUM fidei (El misterio de la fe), así es como el beato Pablo VI (1963-1978) da comienzo a su tercera encíclica, en la que trata sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía y el sacrificio eucarístico. Fue promulgada el día 3 de septiembre de 1965, día en el que se hacía memoria litúrgica de san Pío X (1903-1914), el gran Papa de la Eucaristía. Redactada justo antes de la clausura del Concilio Vaticano II (11 octubre 1962 – 8 diciembre 1965), estuvo precedida por una serie de intervenciones realizadas durante los meses de abril y junio en las que el Papa tuvo que hacer frente a teorías difundidas por algunos teólogos sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía y la transustanciación¹. Al comienzo de la misma señala que los errores que se estaban extendiendo entre el pueblo fiel sobre este augustísimo sacramento eran tan graves que «no nos permite callar la conciencia de nuestro deber apostólico».

A pesar de no ser este el lugar para explicar la situación que se dio en durante el pontificado de Pablo VI, transcribimos únicamente un breve comentario al ambiente que se vivía en la época, con el fin de mejor contextualizar la encíclica con la que el Santo Padre recuerda la doctrina tradicional de la Iglesia en torno a la Eucaristía.

«Como en otros tiempos, también durante el pontificado de Pablo VI se produjeron graves ataques contra la fe y la moral. Al cabo de dos mil años de historia, desde luego que las herejías no eran ninguna novedad. Desgraciadamente, con mayor o menor virulencia siempre han sido una constante en los últimos veinte siglos. Sin embargo, las desviaciones

1. Con esta encíclica Pablo VI se suma a los numerosos documentos del magisterio de los papas que durante todo el siglo xx han remarcado la centralidad de este sacramento para la vida de los fieles. Pío X ofrece los documentos *Sacra Tridentina Synodus* de 1905 sobre la comunión frecuente y *Quam singulari* sobre la primera comunión de los niños, en 1910. Del magisterio eucarístico de Pío XII (1939-1958) podemos señalar la encíclica *Mediator Dei* sobre la sagrada liturgia (1947), con particular atención a la doctrina sobre el sacrificio eucarístico. En su famosa encíclica *Humani generis* sobre los errores teológicos modernos (1951), hay una autorizada toma de posición por una clara explicación católica de la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

doctrinales de los años que nos ocupan tienen unas características propias que permiten distinguirlas de las de otros períodos. En primer lugar, llama la atención por su número y por su diversidad, de manera que se pueda afirmar que no hubo aspecto del dogma y de la moral que no fuera rebatido. Por otra parte, los ataques doctrinales del pasado tenían una localización externa, porque o bien procedían de personas que no eran católicas en unos casos, o bien en otros si los promotores eran católicos acababan abandonando la Iglesia; sin embargo, durante el pontificado de Pablo VI, de acuerdo con la táctica del modernismo, el daño y la confusión fue mayor porque no pocos de los que se enfrentaron radicalmente a la doctrina de la Iglesia, permanecieron a la vez dentro de ella. Alguna relación con este calamitoso estado de las cosas debe tener la conocida frase de Pablo VI de que «el humo del infierno había penetrado dentro de la Iglesia» (Barrio, M., Paredes, J., Suárez, L., *Diccionario de los papas y concilios*, Ed. Ariel, 2005, pp. 560-561).

Retomando el texto de la Encíclica es el mismo papa quien afirma la gravedad de la situación ya que «entre los que hablan y escriben de este sacrosanto misterio hay algunos que divulgan ciertas opiniones acerca de las misas privadas, del dogma de la transustanciación y del culto eucarístico, que perturban las almas de los fieles, causándoles no poca confusión en las verdades de la fe». Y a continuación resume los errores que estaban siendo extendidos entre el Pueblo de Dios: «En efecto, no se puede... exaltar tanto la misa, llamada comunitaria, que se quite importancia a la misa privada; ni insistir tanto en la naturaleza del signo sacramental como si el simbolismo, que ciertamente todos admiten en la sagrada Eucaristía, expresase exhaustivamente el modo de la presencia de Cristo en este sacramento; ni tampoco discutir sobre el misterio de la transustanciación sin referirse a la admirable conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo de Cristo y de toda la sustancia del vino en su sangre, conversión de la que habla el Concilio de Trento, de modo que se limitan ellos tan sólo a lo que llaman transignificación y transfinalización; como, finalmente, no se puede proponer y aceptar la opinión, según la cual en las hostias consagradas, que quedan después de celebrado el santo sacrificio de la misa, ya no se halla presente Nuestro Señor Jesucristo».



Visión de san Pascual Bailón de Tiepolo

Veamos a continuación la respuesta que va dando el Sumo Pontífice a algunos de los errores mencionados.

Contra la interpretación racionalista del misterio de la fe: adhesión a la Revelación divina

A lo largo de la historia de la Iglesia diversas corrientes heréticas han tratado de explicar la fe desde un punto de vista únicamente racional. No lejos tenía Pablo VI la famosa encíclica *Pascendi* (1907) de san Pío X, en la que se condenaba el racionalismo aplicado a la teología. Frente a esta misma tentación: «queremos recordar una verdad, por vosotros bien sabida, pero muy necesaria para eliminar todo veneno de racionalismo,...esto es, que la Eucaristía es un altísimo misterio, más aún, hablando con propiedad, como dice la sagrada liturgia, el misterio de fe... Luego es necesario que nos acerquemos, particularmente a este misterio, con humilde reverencia, no siguiendo razones humanas, que deben callar, sino adhiriéndonos firmemente a la Revelación divina».

Contra la «adecuación» de las palabras a las «nuevas» realidades... el uso de los términos dogmáticos tradicionales

Otra de las tentaciones que atisbaba Pablo VI era el interés por parte de algunos teólogos de llevar a cabo un falso «aggiornamento» de los términos utilizados en la doctrina de la Iglesia (en concreto de la palabra «transustanciación»). Esta falsa «actualización», pasaba por la modificación de términos usados por la teología tradicional con el fin de hacerlos «más comprensibles» al mundo contemporáneo. Esta tentación no era nueva; ya en el siglo V san Vicente de Lérins escribía contra aquellos que abogan más por el cambio (una «modernización» diríamos hoy en día) que por el «progreso» (en el sentido de profundización) en el entendimiento de las verdades de fe:

«Quizá alguno se pregunte: ¿entonces no es posible ningún progreso en la Iglesia de Cristo? ¡Claro que debe haberlo, y grandísimo! ¿Quién hay tan enemigo de los hombres y tan contrario a Dios, que trate de impedirlo? Ha de ser, sin embargo, con la condición de que se trate verdaderamente de progreso para la fe, y no de cambio. Es característico del progreso que una cosa crezca, permaneciendo siempre idéntica a sí misma; propio del cambio es, por el contrario, que una cosa se transforme en otra. Crezca, por tanto, y progrese de todas las maneras posibles, el conocimiento, la inteligencia, la sabiduría tanto de cada uno como de la colectividad, tanto de un solo individuo como de toda la Iglesia, de acuerdo con la edad y con los tiempos; pero de modo que esto ocurra exactamente según su peculiar naturaleza, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido, según la misma interpretación» (san Vicente de Lérins, *Comnitorio*, n.27).

Frente a esta propuesta de «adecuación» de los términos la respuesta del Santo Padre fue firme: «¿Quién, podría tolerar jamás, que las fórmulas dogmáticas usadas por los concilios ecuménicos para los misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación se juzguen como ya inadecuadas a los hombres de nuestro tiempo y que en su lugar se empleen inconsideradamente otras nuevas? Del mismo modo no se puede tolerar que cualquiera pueda atentar a su gusto contra las fórmulas con que el Concilio Tridentino ha propuesto la fe del misterio eucarístico. Porque esas fórmulas, como las demás usadas por la Iglesia para proponer los dogmas de la fe, expresan conceptos no ligados a una determinada forma de cultura ni a una determinada fase de progreso científico, ni a una u otra escuela teológica, sino que manifiestan lo que la mente humana percibe de la realidad en la universal y necesaria experiencia y lo expresa con adecuadas y determinadas palabras tomadas del lenguaje popular o del lenguaje culto. Por eso resultan acomodadas a todos los hombres de todo tiempo y lugar.

»Verdad es que dichas fórmulas se pueden explicar más clara y más ampliamente con mucho fruto, pero nunca en un sentido diverso de aquel en que fueron usadas, de modo que al progresar la inteligencia de la fe permanezca intacta la verdad de la fe. Porque, según enseña el Concilio Vaticano I, en los sagrados dogmas se debe siempre retener el sentido que la Santa Madre Iglesia ha declarado una vez para siempre y nunca es lícito alejarse de ese sentido bajo el especioso pretexto de una más profunda inteligencia».

Ni «transignificación» ni «transfinalización»: transubstanciación

FRENTE a la tentación de adecuar los términos a la «moderna civilización», el Papa exhorta a utilizar el término transubstanciación y a su verdadero significado: «Cristo no se hace presente en este sacramento sino por la conversión de toda la sustancia del pan en su cuerpo y de toda la sustancia del vino en su sangre; conversión admirable y singular, que la Iglesia católica justamente y con propiedad llama transubstanciación. Realizada la transubstanciación, las especies del pan y del vino adquieren sin duda un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que ya no son el pan ordinario y la ordinaria bebida, sino el signo de una cosa sagrada, y signo de un alimento espiritual; pero ya por ello adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que contienen una nueva realidad que con razón denominamos ontológica.

»Porque bajo dichas especies ya no existe lo que antes había, sino una cosa completamente diversa; y esto no tan sólo por el juicio de la fe de la Iglesia, sino por la realidad objetiva, puesto que, convertida la sustancia o naturaleza del pan y del vino en el cuerpo y en la sangre de Cristo, no queda ya nada del pan y del vino, sino tan sólo las especies: bajo ellas Cristo todo entero está presente en su realidad física, aun corporalmente, pero no a la manera que los cuerpos están en un lugar».

¿Distintas presencias de Cristo?

DESDE mucho tiempo atrás la Iglesia ha luchado frente a las herejías que negaban la presencia de Cristo en la Eucaristía. Ya Berengario, en el siglo XI «cediendo a dificultades sugeridas por la razón humana, fue el primero que se atrevió a negar la conversión eucarística». Ello motivó al papa san Gregorio VII (1073-1085) a imponer el siguiente juramento que sintetiza la fe de la Iglesia: «Creo de corazón y abiertamente confieso que el pan y el vino que se colocan en el altar, por el misterio de la ora-

ción sagrada, y por las palabras de nuestro Redentor, se convierten sustancialmente en la verdadera, propia y vivificante carne y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y que después de la consagración está el verdadero cuerpo de Cristo, que nació de la Virgen, y que ofrecido por la salvación del mundo estuvo pendiente de la cruz, y que está sentado a la derecha del Padre; y que está la verdadera sangre de Cristo, que brotó de su costado, y ello no sólo por signo y virtud del sacramento, sino aun en la propiedad de la naturaleza y en la realidad de la sustancia».

Frente a esta y otras dificultades sobre la presencia real y sustancial de Cristo en la Eucaristía, el Santo Padre analiza las distintas «presencias» de Cristo en el mundo:

«Bien sabemos todos que son distintas las maneras de estar presente Cristo en su Iglesia... Presente está El en su Iglesia que ejerce las obras de misericordia... porque es Cristo mismo quien realiza estas obras por medio de su Iglesia... Presente está en su Iglesia que peregrina y anhela llegar al puerto de la vida eterna, porque El habita en nuestros corazones por la fe... está también presente en su Iglesia que predica, puesto que el Evangelio que ella anuncia es la Palabra de Dios... Presente está en su Iglesia que rige y gobierna al Pueblo de Dios, puesto que la sagrada potestad se deriva de Cristo, y Cristo, Pastor de los pastores asiste a los pastores que la ejercen...»

Pero, cuando se refiere a la Sagrada Eucaristía, explica de manera admirable qué tipo de presencia se da en este sacramento: «Pero es muy distinto el modo, verdaderamente sublime, con el cual Cristo está presente a su Iglesia en el sacramento de la Eucaristía,... ya que contiene al mismo Cristo y es como la perfección de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos».

A continua explica como todas las presencias señaladas en nada excluyen a la presencia de Cristo en la Eucaristía: «Tal presencia se llama real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por antonomasia, porque es también corporal y sustancial, pues por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro».

Y finaliza la explicación de esta presencia con palabras recogidas del Concilio de Trento (1545-1563): «Por lo tanto, nuestro Salvador está presente según su humanidad, no sólo a la derecha del Padre, según el modo natural de existir, sino al mismo tiempo también en el sacramento de la Eucaristía con un modo de existir que si bien apenas podemos expresar con las palabras podemos, sin embargo, alcanzar con la razón ilustrada por la fe y debemos creer firmísimamente que para Dios es posible».

Junto a la respuesta de los errores planteados, Pablo VI lleva a cabo una serie de recomendaciones para favorecer entre los cristianos la piedad eucarística.

Que los sacerdotes celebren diariamente la Eucaristía por la salvación del mundo

COMO el padre que dirige a sus hijos hacia los bienes mayores, así anima a los sacerdotes a ser conscientes de la alta misión que tienen entre manos para colaborar con el Señor en la salvación del mundo: «con paternal insistencia, recomendamos a los sacerdote que celebren cada día la misa digna y devotamente, de suerte que tanto ellos mismos como los demás cristianos puedan gozar en abundancia de la aplicación de los frutos que brotan del sacrificio de la Cruz. Así también contribuyen en grado sumo a la salvación del género humano».

Alimentación diaria de la Eucaristía, fortaleza para la lucha

DE la misma manera exhorta a los fieles a alimentarse diariamente de aquel que es el verdadero alimento del alma: «Diariamente, como es de desear, los fieles en gran número participen activamente en el sacrificio de la Misa se alimenten pura y santamente con la sagrada Comunión, y den gracias a Cristo Nuestro Señor por tan gran don... Recuerden estas palabras de nuestro predecesor san Pío X: «El deseo de Jesús y de la Iglesia de que todos los fieles se acerquen diariamente al sagrado banquete, consiste sobre todo en esto: que los fieles, unidos a Dios por virtud del sacramento, saquen de él fuerza para dominar la sensualidad, para purificar de las leves culpas cotidianas y para evitar los pecados graves a los que está sujeto la humana fragilidad»».

Visita diaria al Señor Eucaristía.

«... durante el día, que los fieles no omitan el hacer la visita al Santísimo Sacramento... pues la visita es señal de gratitud, signo de amor y deber de adora-

ción a Cristo Nuestro Señor, allí presente». Y de esta manera, en el silencio de la adoración eucarística, grandes serán los beneficios que de allí saquemos «Y así todo el que se vuelve hacia el augustísimo sacramento eucarístico con particular devoción y se esfuerza en amar a su vez con prontitud y generosidad a Cristo que nos ama infinitamente, experimenta y comprende a fondo, no sin gran gozo y aprovechamiento del espíritu, cuán preciosa es la vida escondida con Cristo en Dios y cuánto sirve estar en coloquio con Cristo: nada más dulce, nada más eficaz para recorrer el camino de la santidad».

Deseo del Santo Padre... que todos «formemos un solo cuerpo».

En este «recorrer el camino de santidad» la adoración eucarística permite a los cristianos acceder a la antesala del cielo, en la que nos exhorta a pedir al Señor de manera insistente que seamos un solo rebaño y un solo pastor. Con este deseo, finaliza el santo Padre esta encíclica: «¡Ojalá que el benignísimo Redentor que, ya próximo a la muerte rogó al Padre por todos los que habían de creer en Él para que fuesen una sola cosa, como Él y el Padre son una cosa sola, se digne oír lo más pronto posible este ardentísimo deseo Nuestro y de toda la Iglesia, es decir, que todos, con una sola voz y una sola fe, celebremos el misterio eucarístico, y que, participando del cuerpo de Cristo, formemos un solo cuerpo, unido con los mismos vínculos con los que Él quiso quedase asegurada su unidad!».

Así nosotros, cuando nos acerquemos a este sacramento que no nos pase como se quejaba el beato Manuel González en su precioso libro *Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario*: «Todos saben lo que allí [en el Sagrario] hay, pero ¡qué pocos se dan por enterados!». Antes bien conscientes de la presencia real y sustancial de Cristo en todos y cada uno de los sagrarios del mundo, acerquémonos con confianza y pidámosle con insistencia «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22, 20).

El Corazón de Jesús y la Eucaristía

En primer lugar deseamos que por medio de una participación más intensa en el Sacramento del altar sea honrado el Corazón de Jesús cuyo regalo más grande es justamente la Eucaristía. De hecho, en el sacrificio eucarístico se inmola y se recibe a nuestro Salvador siempre vivo a interceder por nosotros (Hbr 7, 25), cuyo corazón fue abierto por la lanza del soldado y derramó sobre el género humano el torrente de su sangre preciosa, mezclada con agua; en este excelso sacramento, además, que es la culminación y centro de los demás sacramentos, se gusta la dulzura espiritual en la misma fuente y se recuerda aquella insigne caridad que Cristo ha demostrado en su pasión (santo Tomás de Aquino, *opusculum* 57).

PABLO VI, *Investigabiles divitias Christi*

«María, la parte mayor y la parte mejor de la Iglesia»

M^a DOLORES BARROSO

DURANTE el pontificado de Pablo VI, en los momentos en los que tanto la Iglesia como el mundo entero vivían tiempos difíciles, con ciertas semejanzas al mundo actual, el Papa reafirmó constantemente tanto en sus visitas como en sus escritos la importancia de la doctrina verdadera sobre la Virgen María, transmitida durante toda la historia de la Iglesia y ejemplarizada en la vida de piedad de los cristianos: «Se ha expresado ahora lo que simplemente se vivía», el cuidado de la devoción a María por parte del Pueblo de Dios en cuanto digna de tales honores por ser la Santa Madre de Dios. «En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo Encarnado».

Cabe destacar que de siete encíclicas dos están enteramente dedicadas al culto mariano, *Christi Matri* y *Mense maio*. Además de un capítulo de la constitución dogmática *Lumen gentium* y la exhortación apostólica *Marialis cultus*. En estos documentos (y en otros que no están enteramente dedicados a ella, pero en los cuáles sí recuerda su importancia, como en la encíclica *Ecclesiam suam*¹), insistirá en la importancia de la devoción a la Madre de Dios en la vida del cristiano iluminada por la Sagrada Escritura y expresada mediante los ejercicios piadosos recomendados por el magisterio de la Iglesia. Así como en el reconocimiento de la Virgen como Madre de la Iglesia, camino de unión con Cristo y refugio de los pecadores, a la que anima a acercarse con confianza filial, pues la Iglesia encuentra en ella el perfecto modelo de santidad y «la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo»².

En los escritos conciliares aparece la constante

1. «Creemos que el culto a María es fuente de enseñanzas evangélicas: en nuestra peregrinación a Tierra Santa, de ella que es la beatísima, la dulcísima, la humildísima, la inmaculada criatura, a quien cupo el privilegio de ofrecer al Verbo de Dios carne humana en su primigenia e inocente belleza, quisimos derivar la enseñanza de la autenticidad cristiana, y a ella también ahora volvemos la mirada suplicante, como amorosa maestra de vida, mientras razonamos con vosotros, venerables hermanos, de la regeneración espiritual y moral de la vida de la Iglesia».

2. Discurso de clausura de la III sesión conciliar.

petición de la protección de María durante el Concilio: «Desde que fuimos elegidos a la Cátedra de Pedro, hemos puesto constante cuidado en incrementar el culto mariano, no sólo con el deseo de interpretar el sentir de la Iglesia y nuestro impulso personal, sino también porque tal culto –como es sabido– encaja como parte nobilísima en el contexto de aquel culto sagrado donde confluyen el culmen de la sabiduría y el vértice de la religión y que por lo mismo constituye un deber primario del pueblo de Dios»... «El desarrollo deseado por Nos, de la devoción a la Santísima Virgen, insertada en el cauce del único culto que «justa y merecidamente» se llama «cristiano» –porque en Cristo tiene su origen y eficacia, en Cristo halla plena expresión y por medio de Cristo conduce en el Espíritu al Padre–, es un elemento cualificador de la genuina piedad de la Iglesia. En efecto, por íntima necesidad la Iglesia refleja en la praxis cultural el plan redentor de Dios, debido a lo cual corresponde un culto singular al puesto también singular que María ocupa dentro de él... y se desarrolla en armónica subordinación al culto a Cristo y gravita en torno a él como su natural y necesario punto de referencia»³.

María, Madre de la Iglesia

AL finalizar la tercera sesión del Concilio Vaticano II,⁴ Pablo VI recuerda que el papa Juan XXIII confió las sesiones ecuménicas al patronazgo de María y José, y anima a contemplar las maravillas que Dios ha obrado en su Santísima Madre y a profundizar en el misterio de Cristo y su Iglesia a través de la doctrina verdaderamente católica. El deseo de que se dé mayor vigor al culto a María como medio seguro para mayor conocer y amar a Cristo, y por tanto, una mayor unión con Él, es permanente durante los años de su pontificado, pues «al crecer los males es conveniente que crezca la piedad del Pueblo de Dios»⁵.

3. Exhortación apostólica *Marialis cultus*.

4. 21 de noviembre de 1964.

5. Encíclica *Christi Matri*, en la que se ordenan súplicas a la Santísima Virgen para el mes de octubre, 15 de septiembre de 1966.

Pablo VI recuerda que no se puede pensar en la realidad de la Iglesia sin pensar en la Madre del Verbo Encarnado. Por ello es fundamental «la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su Santa Madre» para la contemplación del misterio de Cristo y su Iglesia. Con esta reflexión introduce la proclamación de María como Madre de la Iglesia, del Pueblo de Dios.

«Se trata de un título, venerables hermanos, que no es nuevo para la piedad de los cristianos, antes bien, con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo encarnado».

Tal proclamación invita al Pueblo de Dios a dirigirse a ella como Madre, con confianza y amor filial, y anima a que todos los cristianos se eleven en oración a la Virgen, para como Madre celestial cuidar del mundo entero: «Nuestra mirada se abre a los ilimitados horizontes del mundo entero (...), que nuestro predecesor Pío XII, de venerable memoria, no sin una inspiración del Altísimo, consagró solemnemente al Corazón Inmaculado de María. Creemos oportuno, particularmente hoy, recordar este acto de consagración(...) De esta forma, también Nos, pretendemos confiar a los cuidados de la Madre celestial toda la familia humana, con sus problemas y sus afanes, con sus legítimas aspiraciones y ardientes esperanzas»⁶.

En la *Christi Matri*, –en la cual invita a todos los fieles al rezo del rosario durante el mes de octubre para que venga la paz–, vuelve a insistir en la intercesión de María Madre sobre toda la familia cristiana y la invoca como «Reina de la Paz», «a fin de que en tantas y tan graves adversidades y angustias nos comunique con abundancia los dones de su maternal bondad».

Culto mariano

POR tanto, insistirá en que se cuide y crezca con más vigor el culto a la Virgen, la cual con maternal intercesión cuida de todos los fieles que la suplican, «aun de aquellos que ignoran que son hijos suyos». El Papa, en la exhortación apostólica *Marialis cultus* considera necesario recordar y avivar lo que ya se trató en el Concilio Vaticano II, pero que considera importante reafirmar y favorecer; la importancia de la devoción a la Santísi-

6. Refiriéndose al envío de la Rosa de Oro al santuario de la Virgen de Fátima con el fin de recordar dicha consagración.



Maria Mater Ecclesiae
(Palacio apostólico del Vaticano)

ma Virgen en el camino de la salvación, que tiene un papel fundamental en el plan redentor de Dios, llevando la reflexión sobre el misterio de Cristo al «conocimiento de la misión de María»⁷.

En primer lugar recuerda que esta reflexión se realiza en armonía con la tradición: «Deseamos subrayarlo: el culto que la Iglesia universal rinde hoy a la Santísima Virgen es una derivación, una prolongación y un incremento incesante del culto que la Iglesia de todos los tiempos le han tributado con escrupuloso estudio de la verdad y con prudente nobleza de formas. De la tradición perenne, viva por la presencia ininterrumpida del Espíritu y por la escucha continuada de la Palabra, la Iglesia de nuestro tiempo saca motivaciones, argumentos y estímulo para el culto que rinde a la bienaventurada Virgen. Y de esta viva tradición es expresión altí-

7. «Por íntima necesidad la Iglesia refleja en la praxis cultural el plan redentor de Dios, debido a lo cual corresponde un culto singular al puesto también singular que María ocupa dentro de él; asimismo todo desarrollo auténtico del culto cristiano redundará necesariamente en un correcto incremento de la veneración a la Madre del Señor (...), se desarrolla en armónica subordinación al culto a Cristo y gravita en torno a él como su natural y necesario punto de referencia».

sima y prueba fehaciente la liturgia, que recibe del Magisterio garantía y fuerza».

En segundo lugar, señala que María es un ejemplo para toda la Iglesia, y por tanto, «maestra de vida espiritual»: «Bien pronto los fieles comenzaron a fijarse en María para, como ella, hacer de la propia vida un culto a Dios, y de su culto un compromiso de vida». Recuerda que la Iglesia siempre ha puesto de relieve que en María todo está referido a Cristo, y que el culto cristiano es por su naturaleza culto a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. «Y en vistas a Él, Dios Padre la eligió desde toda la eternidad como Madre toda santa y la adornó con dones del Espíritu Santo que no fueron concedidos a ningún otro».

En tercer lugar, anima a mantener dos ejercicios de piedad esenciales en el culto mariano: el rezo del Angelus y el rezo del Rosario, y éste último muy especialmente en la familia. El Angelus lo invita a realizar como santificación de momentos de la jornada y «apertura hacia el misterio pascual». Sobre el rezo del rosario insistió en su importancia durante todo su pontificado⁸. Pablo VI señala que

8. Refiere así: «También Nos, desde la primera audiencia general de nuestro pontificado, el día 13 de julio de 1963, hemos manifestado nuestro interés por la piadosa práctica del Rosario, y posteriormente hemos subrayado su valor en múltiples circunstancias, ordinarias unas, graves otras, como cuando en un momento de angustia y de inseguridad publicamos la carta encíclica *Christi Matri* (15 de septiembre de 1966), para que se elevasen oraciones a la bienaventurada Virgen del Rosario para implorar de Dios el bien sumo de la paz; llamada que hemos renovado en nuestra exhortación apostólica *Recurrens mensis october* (7 de octubre de 1969)

es una oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, en alabanza constante a Cristo, y «con el piadoso afecto de la contemplación vuelve a evocar los mismos misterios en la mente de quien ora y estimula su voluntad a sacar de ellos normas de vida». El Papa invita vivamente a rezarlo en familia, como santuario doméstico de la Iglesia que es, «elevándose en común plegarias suplicantes a Dios»: «Nos queremos pensar y deseamos vivamente que cuando un encuentro familiar se convierta en tiempo de oración, el Rosario sea su expresión frecuente y preferida. Sabemos muy bien que las nuevas condiciones de vida de los hombres no favorecen hoy momentos de reunión familiar y que, incluso cuando eso tiene lugar, no pocas circunstancias hacen difícil convertir el encuentro de familia en ocasión para orar. Difícil, sin duda. Pero es también una característica del obrar cristiano no rendirse a los condicionamientos ambientales, sino superarlos; no sucumbir ante ellos, sino hacerles frente. Por eso las familias que quieren vivir plenamente la vocación y la espiritualidad propia de la familia cristiana, deben desplegar toda clase de energías para marginar las fuerzas que obstaculizan el encuentro familiar y la oración en común».

Así, en las condiciones en las que se encuentra nuestro mundo y sabiendo las necesidades presentes de la Iglesia, miremos a María Madre con la esperanza con que nos anima Pablo VI, «templo de la luz sin sombra y sin mancha, intercede ante tu Hijo Unigénito, Mediador de nuestra reconciliación con el Padre, para que sea misericordioso con nuestras faltas y aleje de nosotros la desidia, dando a nuestros ánimo la alegría de amar».

La alegría cristiana

Pero ¿cómo no ver a la vez que la alegría es siempre imperfecta, frágil, quebradiza? Por una extraña paradoja, la misma conciencia de lo que constituye, más allá de todos los placeres transitorios, la verdadera felicidad, incluye también la certeza de que no hay dicha perfecta. La experiencia de la finitud, que cada generación vive por su cuenta, obliga a constatar y a sondear la distancia inmensa que separa la realidad del deseo de infinito. [...] La alegría cristiana es por esencia una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado. [...] A la luz de la fe y de la experiencia cristiana del Espíritu, esta paz que es un don de Dios y que va en constante aumento como un torrente arrollador, hasta tanto que llega el tiempo de la «consolación», está vinculada a la venida y a la presencia de Cristo. Nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor.

PABLO VI, exhortación apostólica *Gaudete in Domino* (9 de mayo de 1975)

La importancia y actualidad de la «*Sacerdotalis caelibatus*» de Pablo VI*

CARDENAL MAURO PIACENZA

PUBLICADA el 24 de junio de 1967, la *Sacerdotalis caelibatus* es la última encíclica enteramente dedicada por un pontífice al tema del celibato. En el clima del inmediato post-Concilio, recibiendo enteramente la doctrina conciliar, Pablo VI sintió la necesidad de reafirmar, con un acto magisterial autorizado, la perenne validez del celibato eclesiástico, el cual, quizás de forma más vehemente que hoy, era contestado a través de verdaderos y auténticos intentos de deslegitimación tanto histórico-bíblica como teológico-pastoral.

Como es bien sabido, la *Presbyterorum ordinis* distingue entre celibato en sí y ley del celibato en el número 16, donde afirma: «La perfecta y perpetua continencia por el reino de los cielos, recomendada por nuestro Señor, aceptada con gusto y observada plausiblemente en el decurso de los siglos e incluso en nuestros días por no pocos fieles cristianos, siempre ha sido tenida en gran aprecio por la Iglesia, especialmente para la vida sacerdotal... Por estas razones, fundadas en el misterio de Cristo y en su misión, el celibato, que al principio se recomendaba a los sacerdotes, fue impuesto por ley después en la Iglesia latina a todos los que eran promovidos al Orden sagrado». Esta distinción está presente tanto en el capítulo tercero de la encíclica de Pío XI *Ad catholici sacerdotii*, como en el n. 21 de la encíclica de Pablo VI. Ambos documentos reducen siempre la ley del celibato a su verdadero origen, que fue dado por los Apóstoles, y a través de ellos, por el mismo Cristo.

El siervo de Dios Pablo VI, en el n. 14 de la Encíclica, afirma: «Pensamos, pues, que la vigente ley



del sagrado celibato debe también hoy, y firmemente, estar unida al ministerio eclesiástico; ella debe sostener al ministro en su elección exclusiva, perenne y total del único y sumo amor de Cristo y de la dedicación al culto de Dios y al servicio de la Iglesia, y debe cualificar su estado de vida, tanto en la comunidad de los fieles, como en la profana». Como es evidente de inmediato, el Pontífice asume las razones culturales propias del Magisterio precedente y las integra con las teológico-espirituales

y pastorales, mayormente subrayadas por el Concilio Ecuménico Vaticano II, poniendo en evidencia cómo el doble orden de razones no debe ser considerado nunca en antítesis, sino en relación recíproca y en síntesis fecunda.

El mismo planteamiento se encuentra en el n. 19 del documento, que se dedica al deber del sacerdote, como ministro de Cristo y administrador de los misterios de Dios, y tiene, en cierto modo, su culmen en el n. 21, que afirma: «Cristo permaneció toda la vida en el estado de virginidad, que significa su dedicación total al servicio de Dios y de los hombres. Esta profunda conexión

entre la virginidad y el sacerdocio en Cristo se refleja en los que tienen la suerte de participar de la dignidad y de la misión del Mediador y Sacerdote eterno, y esta participación será tanto más perfecta cuanto el sagrado ministro esté más libre de vínculos de carne y de sangre». La vacilación, por tanto, en la comprensión del valor inestimable del sagrado celibato y en su consiguiente valoración adecuada y, donde fuese necesario, fuerte defensa, podría ser entendida como inadecuada comprensión del alcance real del ministerio ordenado en la Iglesia y de su insuperable relación ontológico-sacramental, y por tanto real, con Cristo sumo Sacerdote.

A estas imprescindibles referencias culturales y cristológicas, la Encíclica hace seguir una clara referencia eclesiológica, también esencial para

* Parte de la ponencia del cardenal Mauro Piacenza, entonces Prefecto del Clero pronunciada el lunes 24 de enero de 2011 en las Jornadas Sacerdotales celebradas en Ars (Francia) sobre el celibato sacerdotal.

la adecuada comprensión del valor del celibato: «Apresado por Cristo Jesús hasta el abandono total de sí mismo en Él, el sacerdote se configura más perfectamente a Cristo también en el amor, con que el eterno Sacerdote ha amado a su cuerpo, la Iglesia, ofreciéndose a sí mismo todo por ella, para hacer de ella una esposa gloriosa, santa e inmaculada. Efectivamente, la virginidad consagrada de los sagrados ministros manifiesta el amor virginal de Cristo a su Iglesia y la virginal y sobrenatural fecundidad de esta unión, por la cual los hijos de Dios no son engendrados ni por la carne, ni por la sangre» (n. 26). ¿Cómo podría Cristo amar a su Iglesia con un amor no virginal? ¿Cómo podría el sacerdote, *alter Christus*, ser esposo de la Iglesia de modo no virginal?

Surge, por tanto, en la argumentación completa de la Encíclica, la profunda interconexión de todos los valores del sagrado celibato, el cual, da igual por dónde se le mire, parece cada vez más radical e íntimamente conectado con el sacerdocio.

Siguiendo con la argumentación de las razones eclesiológicas en apoyo del celibato, la Encíclica, en los nn. 29, 30 y 31, pone en evidencia la relación insuperable entre celibato y misterio eucarístico, afirmando que, con el celibato, «el sacerdote se une más íntimamente a la ofrenda, poniendo sobre el altar su vida entera, que lleva las señales del holocausto. [...] muriendo cada día totalmente a sí mismo, renunciando al amor legítimo de una familia propia por amor de Cristo y de su Reino, hallar la gloria de una vida en Cristo plenísima y fecunda, porque como Él y en Él ama y se da a todos los hijos de Dios».

El último gran conjunto de razones, que se presentan en apoyo del sagrado celibato, se refiere a su significado escatológico. En el reconocimiento de que el reino de Dios no es de este mundo (cf. Jn 18,30), que en la Resurrección no se tomará mujer ni marido (cf. Mt 22,30), y que «el precioso don divino de la perfecta continencia por el reino de los cielos constituye [...] un signo particular de los bienes celestiales (cf. 1Cor 7,29-31)», se indica también el celibato como «un testimonio de la

necesaria tensión del Pueblo de Dios hacia la meta última de su peregrinación terrenal y un estímulo para todos a alzar la mirada a las cosas que están allá arriba» (n. 34).

Quien es puesto como autoridad para guiar a los hermanos al reconocimiento de Cristo, a la acogida de las verdades reveladas, a una conducta de vida cada vez más irreprochable y, en una palabra, a la santidad, encuentra así, en el sagrado celibato, profecía convenientísima y extraordinariamente fuerte, capaz de conferir singular autoridad al propio ministerio y fecundidad, tanto ejemplar como apostólica, al propio obrar.

Con extraordinaria actualidad, la Encíclica responde también a esas objeciones que verían, en el celibato, una mortificación de la humanidad, privada de este modo de uno de los aspectos más bellos de la vida. En el n. 56, se afirma: «En el corazón del sacerdote no se ha apagado el amor. La caridad, bebida en su más puro manantial, ejercitada a imitación de Dios y de Cristo, no menos que cualquier auténtico amor, es exigente y concreta, ensancha hasta el infinito el horizonte del sacerdote, hace más profundo y amplio su sentido de responsabilidad –índice de personalidad madura– educa en él, como expresión de una más alta y vasta paternidad, una plenitud y delicadeza de sentimientos, que lo enriquecen en medida superabundante». En una palabra: «El celibato, elevando integralmente al hombre, contribuye efectivamente a su perfección» (n. 55).

En 1967, año de publicación de la encíclica *Sacerdotalis caelibatus*, el siervo de Dios Pablo VI realizó uno de los actos de magisterio más valientes y ejemplarmente clarificadores de todo su pontificado. Una encíclica que debería ser atentamente estudiada por todo candidato al sacerdocio, desde el principio del propio itinerario, pero ciertamente antes de afrontar la petición de admisión a la ordenación diaconal, retomada periódicamente en la formación permanente y hecha objeto no sólo de atento estudio bíblico, histórico, teológico, espiritual y pastoral, sino también de profunda meditación personal.

«Permanece viva en toda la Iglesia la memoria de mi venerado predecesor, el siervo de Dios Pablo VI. El tiempo no ha disminuido su recuerdo; al contrario, con el paso de los años resulta cada vez más luminosa su figura, y cada vez más actuales y sorprendentes sus proféticas intuiciones apostólicas.»

SAN JUAN PABLO II
6 de agosto de 1998

«*Humanae vitae*»: Pablo VI, «Mártir de la verdad»*

JOSÉ IGNACIO MUNILLA

LA *Humanae vitae*, una de las encíclicas que más polvareda ha levantado en la historia reciente de la Iglesia. Sus afirmaciones morales se han visto corroboradas por otras muchas encíclicas y documentos magisteriales (*Familiaris Consortio*, *Evangelium vitae*, *Catecismo de la Iglesia católica*, etc.). En una mirada retrospectiva, no cabe duda de que el papa Pablo VI fue asistido por un don especial del Espíritu Santo, que le permitió confirmar en la fe al pueblo de Dios, a pesar de las fortísimas presiones contrarias. El momento histórico era muy delicado: dos meses antes había estallado en París el movimiento de «*Mayo del 68*». Los criterios de oportunismo hubiesen aconsejado posponer la publicación de la encíclica, pero eran otras las motivaciones de Pablo VI.

Justo cuando la revolución sexual reivindicaba aquello de «*hago con mi cuerpo lo que quiero*», la Iglesia recordaba que la sexualidad no puede ser reducida a un instrumento lúdico y reclama nuestra responsabilidad, que se concreta en el amor fiel y en la procreación. Pablo VI profetizó los peligros de aquella revolución sexual que, apoyándose en la seguridad que le daba la «píldora» (el nuevo fenómeno del momento), empezó por dissociar la sexualidad de la procreación, hasta concluir por divorciar la sexualidad del amor. El concepto de «paternidad responsable» fue sustituido por el de «paternidad confortable», y en poco tiempo se acabaría por distorsionar todo lo referente a la

sexualidad. El que fue Premio Nobel de Biología, Jérôme Lejeune, describía así esta concatenación de despropósitos: «La anticoncepción es hacer el amor sin hacer el niño; la fecundación «*in vitro*» es hacer el niño sin hacer el amor; el aborto es deshacer el niño; y la pornografía es deshacer el amor».

La *Humanae vitae* invita a los padres cristianos a ejercer la paternidad responsable. Éstos están llamados a discernir con una conciencia recta el número de sus hijos, que-

dando siempre abiertos a los planes de Dios. Lo dice así la encíclica: «En relación con las condiciones físicas, económicas, psicológicas y sociales, la paternidad responsable se pone en práctica, ya sea con la deliberación de tener una familia numerosa, ya sea con la decisión, tomada por graves motivos y en el respeto a la ley moral, de evitar un nuevo nacimiento durante algún tiempo o por tiempo indefinido». Por lo tanto, conforme a la mentalidad cristiana, la paternidad responsable supone la búsqueda sincera de la voluntad divina, que se discierne desde las circunstancias particulares de cada matrimonio. Según este principio, ¿qué

sentido tienen expresiones como hijo «deseado» o «no deseado»? Tras estos términos se esconde una mentalidad en la que la procreación se reduce a un objeto de nuestro deseo, olvidando que se trata de un don recibido de Dios, después de un discernimiento responsable. En todo caso, cabría hablar de hijo «buscado» o «no buscado», pero ésta es una distinción menor para quien entiende que «el hombre propone, pero Dios dispone». Ciertamente, el don de la vida puede venir por sorpresa, pero siempre será un reto para el amor.



*Carta del obispo José Ignacio MUNILLA a los cuarenta años de la *Humanae vitae*.

Una de las claves en las que la encíclica está fundamentada es la íntima conexión existente entre las dos principales finalidades de la sexualidad: la expresión del amor de los esposos y la procreación. Es moralmente ilícito que el hombre, por su propia iniciativa, rompa esta estrecha vinculación, impidiendo voluntariamente que la relación sexual quede abierta a la transmisión de la vida. El respeto a las leyes inscritas en la naturaleza es norma de moralidad para la persona humana. Por ello la *Humanae vitae* considera que los métodos contraceptivos son contrarios a la voluntad del Creador, mientras que se considera lícita la regulación natural de la natalidad, recurriendo a los períodos infecundos del ciclo femenino. Así lo expresa el n°16: «La Iglesia es coherente consigo misma cuando juzga lícito el recurso a los períodos infecundos, mientras condena siempre como ilícito el uso de medios directamente contrarios a la fecundación, aunque se haga por razones aparentemente honestas y serias. En realidad, entre ambos casos existe una diferencia esencial: en el primero los cónyuges se sirven de una disposición natural que Dios mismo ha puesto, mientras que en el segundo, impiden el desarrollo de esos procesos naturales».

La postura de la *Humanae vitae* es de máxima

coherencia: si partimos de que en el origen de toda persona hay un acto creador de Dios, de esta verdad básica se deduce que la capacidad de engendrar un nuevo ser humano, inscrita en la sexualidad humana, es una verdadera cooperación con Dios y con su amorosa Providencia. Hay, por lo tanto, una incompatibilidad entre la fe en el Dios creador de la vida y la pretensión de decidir e intervenir artificialmente en el origen y destino del ser humano. Por el contrario, el recurso a los métodos naturales de la regulación de la natalidad permite que los padres actúen, no ya como dueños y señores de la vida, sino como intérpretes inteligentes del plan divino. Es la diferencia entre quien acepta ser creatura, o quien juega a ser el creador.

Es de justicia que concluyamos con un merecido homenaje a Pablo VI. El hecho de que promulgase esta profética encíclica en plena revolución de mayo del 68, es un signo elocuente de su fidelidad a la acción del Espíritu Santo, hasta el punto de ser considerado a su muerte como «mártir de la verdad». Su conciencia de ser depositario y no dueño del mensaje revelado, le llevó a actuar con una fortaleza y una prudencia extraordinarias que iluminan la situación de la humanidad en nuestros días.

La transfiguración de Pablo VI

Pablo VI aceptó su servicio papal cada vez más como metamorfosis de la fe en el sufrimiento. Las últimas palabras del Señor resucitado a Pedro, después de haberle constituido pastor de su rebaño, fueron: «Cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Juan 21, 18). Era una alusión a la cruz que esperaba a Pedro al final de su camino. Era, en general, una alusión a la naturaleza de este servicio. Pablo VI se dejó llevar cada vez más adonde humanamente, él solo, no quería ir. Cada vez más el pontificado significó para él dejarse ceñir las vestiduras por otro y ser clavado en la cruz.

Pablo VI desempeñó su servicio por fe. De ahí se derivaban tanto su firmeza como su disponibilidad al compromiso. (...) Por ello pudo ser inflexible y decidido cuando lo que se ponía en juego era la tradición esencial de la Iglesia. En él esta dureza no se derivaba de la insensibilidad de aquellos cuyo camino lo dicta el placer del poder y el desprecio de las personas, sino de la profundidad de la fe, que le hizo capaz de soportar las oposiciones.

JOSEPH RATZINGER, homilía pronunciada en la catedral de Munich en una misa funeral por Pablo VI. Festividad de la Transfiguración, 1978.

Vigilia eucarística en el templo del Tibidabo a los 250 años de la aprobación de la devoción al Corazón de Jesús

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

La revista CRISTIANDAD celebra el 6 de febrero de 2015 los mil números de su publicación. En dicha fecha, hace 250 años, la Iglesia aprobaba y autorizaba oficialmente el culto y la fiesta pedidos por Jesucristo para con su divino Corazón.

El 26 de enero de 1765 se reunía en Roma la Sagrada Congregación de Ritos para estudiar la solicitud de concesión de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús presentada por los obispos del reino de Polonia y la Archicofradía Romana, y tras controvertida deliberación, acordó revocar la declaración de 30 de julio de 1729, que la había denegado, y conceder a los solicitantes la facultad de celebrar la fiesta litúrgica pedida. A tenor de ello, trece días después, el 6 de febrero de 1765, el papa Clemente XIII aprobaba «en todo y por todo» el rescripto *Instantibus* de la Sagrada Congregación, que literalmente dice:

«Instando para la concesión de oficio y misa del Sagrado Corazón de Jesús la mayor parte de los reverendísimos preladados del reino de Polonia y la archidiócesis de este título erigida en Roma, se reunió la Sagrada Congregación de Ritos el 26 de enero del presente año, la cual, sabiendo bien que el culto al Sagrado Corazón de Jesús se ha propagado fomentándolo los obispos por casi todas las partes del orbe católico, y que además la Sede Apostólica lo ha enriquecido con frecuencia con millares de breves de indulgencias concedidas a un sinnúmero de cofradías erigidas canónicamente con el título del Corazón de Jesús, y entendiéndolo a la vez que, con la celebración de la misa y el oficio que se pide, no se hace mas que ampliar el culto ya instituido, y renovar simbólicamente la memoria del divino amor con que el Unigénito Hijo de Dios

tomó la naturaleza humana, y hecho obediente hasta la muerte, dijo que daba ejemplo a los hombres de ser manso y humilde de corazón ; por todas estas razones, a propuesta del eminentísimo y reverendísimo señor cardenal obispo de Santa Sabina, oído el parecer del R.P. Cayetano Forti, promotor de la fe, y previa revocación de la decisión del 30 de julio de 1729, creyó que debía acceder a las súplicas de los obispos del reino de Polonia y de la mencionada cofradía de Roma, reservando a deliberación ulterior la aprobación definitiva de oficio y misa. Y habiendo yo, como secretario,

dado cuenta de este voto de la congregación a nuestro Santísimo Señor el papa Clemente XIII, Su Santidad, después de leído su tenor, lo aprobó en todo y por todo, hoy, 6 de febrero de 1765».¹

Aunque restringida a sus destinatarios, de los que a última hora fue excluido el reino de España por exigencia del gobierno de Carlos III, fue ésta la primera respuesta oficial de la Iglesia a la petición de que se instaurase la fiesta de su Corazón por el Papa en toda la Iglesia, hecha por el propio Je-

sús a santa Margarita María noventa años antes. Los denodados empeños en cumplir el encargo, hechos por su mensajera, por sus hermanas visitandinas y por los padres jesuitas Croiset y Gallifet, habían fracasado, siendo rechazadas sus instancias por la



1. P. Hilario MARÍN. S.I. *El Sagrado Corazón de Jesús. Documentos pontificios*. 1961. P. 78/79.



Detalle del pórtico de la cripta del templo expiatorio del Tibidabo

sagrada Congregación de Ritos en 1697, 1727 y 1729. Pero el 6 de febrero de 1765, a los 75 años de la muerte de santa Margarita, iba a llegar la hora dispuesta por la Providencia, y mediante acto magisterial de aprobación de la devoción al Corazón de Jesús, era introducida en la liturgia de la Iglesia con su misa y oficio propios, como expresión de su fe.

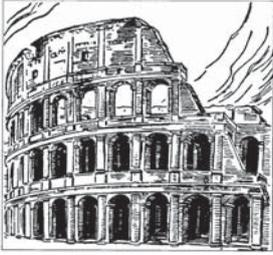
Pero a fines del siglo xvii en Paray-le-Monial Jesús no sólo quiso revelarnos su queja de que su amor no correspondido pedía reparación mediante la instauración de la fiesta de su Corazón como coronación de la del Corpus Christi al final de su octava, sino que ante la gestación de la modernidad anticristiana que desterraba a Cristo de la vida social, iniciada entonces con la revolución inglesa y culminada un siglo después por la francesa, quiso alentar a sus hijos fieles mediante una profética y esperanzadora promesa: «Reinaré a pesar de mis enemigos y de cuantos se opusieran a ello», reinado que comportaba el «arruinar el imperio de Satanás», implantando en las almas el imperio de su amor, palabras que santa Margarita María dice resonaban de continuo en su interior y le transportaban de alegría.

Esta promesa de su reinado es la razón de ser de nuestra revista CRISTIANDAD y la idea-fuerza que ha dado vida a sus primeros 1.000 números a lo largo de estos setenta años, como escribía entonces nuestro «curador espiritual», maestro e inspirador, el padre Ramón Orlandis, S.I.: «Tenemos por cierto, que Jesucristo centra en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús el remedio social del mundo actual, y que como consecuencia del triunfo de esta devoción, ha de venir la época profetizada de paz y prosperidad en la Iglesia coincidente con el reinado social de Jesucristo», convicción que reiteraba Pedro Basil en

el primer número de la revista, cuando escribía que la suprema promesa en que se basa nuestra esperanza se encierra en la frase: «Reinaré, a pesar de mis enemigos.» La certeza en esta profecía es la razón de la sobrenatural esperanza que ha distinguido y distingue a nuestra revista frente a ilusorios optimismos de unos y angustiosos pesimismoes estériles de otros.

El eminente historiador de la devoción y colaborador de nuestra revista padre Hilario Marín, S.I. calificaba de acontecimiento trascendental esta primera aprobación oficial del culto al Corazón de Jesús del 6 de febrero de 1765. Y el papa Pío XII, en su carta encíclica Haurietis aquas dice que: «La Santa Sede coronó esta veneración el 6 de febrero de 1765, cuando nuestro predecesor Clemente XIII concedió el celebrar la fiesta litúrgica en honor del Sagrado Corazón con oficio y misa propia. A esta primera aprobación siguió otra después de un siglo, el 23 de agosto de 1856, en que nuestro predecesor Pío IX decretó que la fiesta del sacratísimo Corazón de Jesús se extendiese a toda la Iglesia. A partir de ese día el culto al sacratísimo Corazón, como desbordante río, superando todos los obstáculos, se difundió por todo el universo».

Por ello la redacción de CRISTIANDAD ha pedido y obtenido del director del templo expiatorio nacional del Corazón de Jesús del Tibidabo de Barcelona que la celebración de los mil números de la revista tuviera inicio en su Basílica, mediante una vigilia eucarística reparadora conmemorativa, en la noche del 6 de febrero de 2015, doscientos cincuenta aniversario de la introducción oficial de la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia, a la que están invitados todos sus devotos.



IGLESIA PERSEGUIDA

El ocaso de la Iglesia en Irak

JOSUÉ VILLALÓN

La presente sección tiene como objeto dar a conocer al lector la grave situación de muchos cristianos en diferentes partes del mundo. Para ello contamos con la colaboración de Ayuda a la Iglesia Necesitada (A.I.N) que nos irá mostrando de forma veraz y fidedigna la terrible situación de nuestros hermanos que sufren persecución y que la mayor parte de las veces es acallada en los medios de información habituales.

Ayuda a la Iglesia Necesitada es una fundación pontificia internacional dedicada a la difusión, al fomento de la oración y a la recaudación de fondos para los católicos que sufren necesidad y son perseguidos en cualquier parte del mundo. Hoy, en el mundo, cerca del 75% de las personas perseguidas por su religión son cristianos.

Si hablamos de la Iglesia en Irak, hablamos de testimonio de fe, de mártires y persecución, de héroes del Evangelio. La Iglesia de la antigua Mesopotamia lleva años viviendo un invierno duro, un atardecer en el que ya sólo quedan unos pocos rayos de luz en el horizonte. Desde Irak llega calladamente un grito unánime: «Ayudadnos, los cristianos aquí somos náufragos que extienden la mano para que alguien los salve de la muerte». Tras siglos viviendo como una minoría, están amenazados por los terroristas del Estado Islámico. Sólo les queda abandonar su país o vivir como refugiados internos. La Iglesia quiere seguir siendo el rostro de Cristo en esta tierra, pero se encuentran ante la última encrucijada. El sol de la fe se apaga en Oriente: estamos ante el ocaso de la Iglesia de Irak.

Irak se asienta sobre las ruinas de los antiguos imperios de Babilonia, Asiria y Persia. Es considerado como «la cuna de la civilización», lugar de origen de la escritura. Irak se encuentra en los orígenes bíblicos, fue en Ur de los Caldeos, la actual ciudad de Basora, donde Abraham recibió la promesa de Dios de ser el padre de un pueblo numeroso. El pueblo de Israel estuvo desterrado durante años en Babilonia y el profeta Jonás fue enviado por Dios a la ciudad de Nínive, la actual Mosul, en el norte de Irak. La Iglesia está presente en esta tierra desde los primerísimos tiempos del cristianismo. Según la tradición, fue el apóstol santo Tomás quien evangelizó esta tierra en el siglo I, de camino a la India, empezando por las comunidades judías que estaban asentadas en algunas ciudades. De hecho, existen cartas manuscritas de obispos con nombres judíos que datan del siglo II.

Pese a la larga historia de la presencia de la Iglesia en Irak, hoy los cristianos son una minoría que está siendo cercenada. En apenas diez años, los bautizados han pasado de ser 1,6 millones a sólo unos trescientos mil. Tras la caída de Saddam Husein, la comunidad cristiana se ha convertido en el chivo expiatorio de los males del país y los enfrentamientos entre chiíes y suníes han golpeado duramente también a los bautizados. No hay familia cristiana que no cuente con algún muerto por la violencia sectaria de los radicales islamistas. Muchos han abandonado el país ante el recrudecimiento de la situación. Los que se quedaron, habían emigrado a la ciudad de Mosul, en el norte, un lugar aparentemente más tranquilo que la convulsa capital de Bagdad. Ahora han tenido que huir de nuevo debido a la invasión del grupo terrorista Estado Islámico (ISIS, en sus siglas en inglés, «Islamic State of Syria and Iraq»). Ya no se oyen las campanas en Mosul ni en pueblos milenarios de la Llanura de Nínive como Qaraqosh, Alqosh, o Telkeff.

Ayuda a la Iglesia Necesitada, con los cristianos de Irak

Al menos cinco obispos han tenido que huir de sus diócesis, los conventos y seminarios han quedado vacíos y unos treinta sacerdotes han perdido sus parroquias. El Patriarca Católico de los Caldeos, Luis Rafael Sako I, ha pedido apoyo a organizaciones eclesiales como la fundación pontificia *Ayuda a la Iglesia Necesitada (A.I.N)* para sostener la atención a los refugiados, así como para seguir ayudando.

do en la pastoral ordinaria. «Los cristianos en Irak tendremos un futuro si la comunidad internacional nos ayuda inmediatamente. No lo olvidéis», decía Mons. Sako. Actualmente hay 120.000 refugiados cristianos en el Kurdistán iraquí, en la zona noreste del país, un lugar de momento seguro. A.I.N ha puesto en marcha la mayor campaña de su historia, recaudando un millón y medio de euros para bienes de primera necesidad, alojamientos, educación, ayuda a la formación de seminaristas, sostenimiento de religiosas y sacerdotes, y regalos de Navidad para los más pequeños.

Además, un equipo de A.I.N se desplazó las pasadas Navidades hasta Erbil, capital del Kurdistán iraquí, para conocer de cerca la situación de los refugiados y cómo la Iglesia está apoyándoles. Sólo en Ankawa, el barrio cristiano de Erbil, viven actualmente setenta mil refugiados, son más del doble de los habitantes del barrio. Estamos ante una emergencia constante, con familias de hasta ocho miembros viviendo en tiendas de campaña de apenas unos diez metros cuadrados. Cada familia tiene su propio drama, todos tuvieron que huir con lo puesto en mitad de la noche cuando los terroristas entraron a golpe de mortero y fusil gritándoles: «Convertíos o morid». Sin embargo, «podemos decir que ningún cristiano ha apostatado de su fe», asegura Mons. Emil Nona, arzobispo católico caldeo de Mosul y también refugiado, que ha estado atendiendo a sus «ovejas» huidas y refugiadas.

Los Jadar eran una familia normal de clase media del pueblo cristiano de Qaraqosh, el que era el pueblo cristiano más grande de Irak con cincuenta mil habitantes. Cuando los terroristas invadieron esta localidad, los cuatro hijos mayores de los Jadar se fueron con otros familiares. Se quedaron la madre y el padre con la hija pequeña, Cristina, de sólo tres años. No querían perder su casa. Cada día iba un terrorista a su puerta a decirles que se convirtieran al islam o que morirían. Finalmente un día salieron debido a que el señor Jadar necesitaba asistencia médica. Nada más salir un terrorista arrebató a la pequeña Cristina de las manos de su madre, que no pudo hacer nada. Llevaron a los padres a las afueras del pueblo y les abandonaron en mitad del desierto a su suerte. Los Jadar actualmente viven en un centro de refugiados de Ankawa y llevan seis meses sin saber de su hija pequeña.

Sabiha es vecina de los Jadar en el mismo centro de refugiados. Tiene cien años y tuvo que salir de su casa en mitad de la noche en brazos de su nieto

porque no puede andar. Ahora está postrada en una cama en una pequeña caseta compartida con los siete miembros de su familia. Al lado de estas familias están los sacerdotes y religiosas que también han perdido sus conventos y parroquias, perseguidos y refugiados como ellos, pero que siguen al servicio de los más pobres y olvidados. Como el padre Hanna Yayuki que lleva 57 años siendo sacerdote en Irak y ha visto morir a cientos de cristianos en atentados contra iglesias y asesinatos selectivos. A su edad, que no quiere revelar, está supuestamente jubilado, pero sigue ayudando como un sacerdote más. Él era de Mosul, servía en la catedral, tuvo que huir también. Junto a las religiosas y sacerdotes también están los seminaristas, como Martin Baani, de 24 años, que está finalizando sus estudios y pronto será sacerdote. El equipo de A.I.N desplazado a Erbil pudo hablar con él, estaba en un centro de refugiados ayudando al reparto de alimentos, durante sus vacaciones de Navidad. Martin tiene a toda su familia en Estados Unidos, huyeron allí hace un par de años. Él podría marcharse pero quiere ser sacerdote en Irak y servir a su pueblo siguiendo con humildad y entrega a Jesús.

Aún hay esperanza para los cristianos de Irak, muchos de ellos dan gracias a Dios por lo que han vivido y dicen que ahora están más cerca de Dios que antes, que sólo les queda la fe. Sin embargo, según los datos de la Iglesia local, cada día setenta y cinco cristianos abandonan Irak. Ahora más que nunca debemos ser una misma Iglesia y ayudar a que nuestros hermanos sigan siendo el rostro de Cristo en la tierra milenaria de Irak, en el corazón de Oriente Medio, la tierra de los mártires y del origen de la civilización cristiana.



Ayuda a la Iglesia Necesita
Fundación de la Santa Sede

Donativos: www.ayudaalaiglesianecesitada.org

Teléfono: 91 725 92 12

Banco Santander: ES7400492674592814342966

Importante especificar concepto: **CAMPAÑA IRAK**

Cualquier aportación, por pequeña que sea, es muy necesaria.

La mirada salvadora de Jesucristo

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ

SIGO con el *Libro de la vida*. El fragmento elegido relata uno de los sucesos más conocidos de su biografía. Teresa, al contemplar la imagen de Cristo llagado y doliente se quedó tan conmovida que podemos señalar esa gracia como el momento inicial de su verdadera conversión. Los capítulos anteriores son el relato de su contienda interior entre una religiosidad formal de cumplimientos externos y juicios de opinión complacientes y una entrega en cuerpo y alma al Amor de los amores hasta dar la vida por Aquel que la dio por nosotros. No pensar mucho ni saber mucho, sino amar mucho.

No existen medias tintas, porque «a los tibios los arrojaré de mi boca». Diecinueve años de su vida religiosa habían transcurrido en este juego de deseos de bien, en un contexto en el que entrar en religión y alejarse del mundo era garantía de haber acertado en el camino seguro para el cielo. Como si la «negra honra», la mundanidad y hasta la sensualidad no estuvieran apegadas a nuestro natural humano. Con cuánto vigor advierte contra esta visión ingenua a los padres hasta el extremo de aconsejarles una boda sencilla para sus hijas antes que dejarlas en monasterio sin disciplina ni orientación.

Hablaba por experiencia. Dice en el capítulo 7.3 de *La Vida*: «Por esto me parece a mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad (porque no debían más, que no se prometía clausura), para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios el Señor con muy particulares mercedes tuyas no me hubiera sacado de este peligro». Y en el capítulo décimo advierte: «Desasiéndonos del mundo y deudos y encerradas aquí con las condiciones que están

dichas, ya parece lo tenemos todo hecho y que no hay que pelear con nada. ¡Oh, hermanas mías!, no os aseguréis ni os echéis a dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa.»

Y en el libro *Camino de perfección* (10.5) con el gracejo que le caracterizaba advertía a sus hijas: «Ahora, pues, lo primero que hemos de procurar es

quitar de nosotras el amor de este cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar a Dios la guerra que dan, a monjas en especial, y aun a los que no lo son. Mas algunas monjas no parece que venimos a otra cosa al monasterio, sino a procurar no morirnos. Cada una lo procura como puede. Aquí, a la verdad, poco lugar hay de eso con la obra, mas no querría yo hubiese el deseo. Determinaos, hermanas, que venís a morir por Cristo, y no a regalaros por Cristo».

Admirable es la liturgia de nuestra Iglesia con que nos administra los sacramentos y nos enseña a alabar a Dios en la Sagrada

Eucaristía, la liturgia de las Horas o la oración personal; pero todo se quedaría en poca cosa si se redujera a ceremonia social o ritual sin espíritu. Sólo Dios basta. La consciencia de la presencia de Dios convierte en sublime cualquier signo religioso; pero qué caricatura deforme si se limita a visajes, movimientos de labios y reverencias a nadie, peor que un brindis al sol. Santa Teresa es actual porque sigue señalando que es Dios quien busca encontrarse con cada uno de nosotros, que nos espera pacientemente como al hijo pródigo, y que no desea otra cosa que comunicación y comunión personal, de corazón a



Ecce Homo que acompañaba a santa Teresa en sus viajes

corazón. Leyendo a santa Teresa se comprende que nuestro papa emérito Benedicto XVI, nos recordara que el cristianismo no se reduce a una moral, o a una doctrina, sino a un encuentro. Esto es lo que nos cuenta en este fragmento santa Teresa. Y tras este encuentro qué coherente se nos hace la moral y qué admirable la doctrina.

Acercarse a una humanidad que en gran parte ha rechazado esta herencia evangélica o que no ha tenido oportunidad de conocerla exige convertirnos en signos creíbles de Dios, presente en el acontecer de cada día, vinculado al misterio de la Cruz, donde la adversidad y el sufrimiento encuentran sentido, al mismo tiempo que gozosa alegría para saborear cada momento de nuestra cotidianidad. «Sólo Dios basta, la paciencia todo lo puede, la paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene nada le falta».

«Trata por qué términos comenzó el Señor a despear su alma y darla luz en tan grandes tinieblas y a fortalecer sus virtudes para no ofenderle.

1. Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que

se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle.

2. Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba, que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas. Y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento. Y encomendábame a aquesta gloriosa santa para que me alcanzase perdón.

3. Mas esta postrera vez de esta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces.» (*Libro de la vida*, capítulo 9)

«Vivo sin vivir en mí»

UNO de sus poemas no tan conocido como el de «vivo sin vivir en mí» pero que nos ofrece claves de la vida de esta mujer es el que voy a comentar a continuación. Estamos ante una de sus poesías de tipo tradicional que tanto gustaban a la santa y que se convirtieron en creación habitual en los monasterios de descalzas hasta bien entrado el siglo xvii y que se han estudiado y recogido en investigaciones universitarias durante el siglo xx. Santa Teresa no tiene el don poético de an Juan de la Cruz, pero al menos en media docena de entre las composiciones que no se duda de que son suyas y no atribuciones, expresa certeramente sus vivencias místicas con enorme vigor y precisión, con razón valoradas, queridas y apreciadas por los devotos de la Santa.

Ninguna de ellas tiene una inspiración original. Son conversión a lo divino de poemas profanos. Para una persona religiosa, todo aprovecha si le sirve para dar a conocer a quien tanto ama. Pero, ya lo creo que son originales porque expresan su experiencia interior como vivencias directas y personales únicas y emocionalmente verdaderas, por eso nos conmueven. El cambio de destinatario, –de un

hombre o una mujer a Dio– convierte en sublime el poema.

La estrofa es una combinación de versos octosílabos distribuidos en un estribillo de cuatro versos y dos glosas de ocho que desarrollan temáticamente la idea central del estribillo. Dos de cuyos versos se repiten en las glosas como *leitmotiv*, como estas composiciones eran cantadas, se llaman también «versos de vuelta» porque avisaban al coro cuándo tenía que entrar. Es una combinación estrófica habitual en los Cancioneros del siglo xvi.

La maravilla se encuentra en el contenido. Si nuestra vocación es amar, no puede ser más contundente la confesión de la santa. No se trata de parámetros distintos de los habituales en el amor que llamamos humano, entre un hombre y una mujer. Amar a Dios se manifiesta en las mismas coordenadas. Una novia le diría lo mismo a su esposo el día de su boda. Detengámonos en el primer verso. Estremece ese «ya» inicial, que es tiempo y referencia a vacilaciones anteriores, en el caso de la santa y en el de la historia amorosa de cada persona. Aceptada la decisión el «ya» se convierte en inamovible, por eso lo rubrica con la expresión «toda», sin resqui-

cios ni recovecos donde ocultar parte de nosotros mismos, «toda del todo» y dos verbos que definen el secreto del verdadero amor «entregar» y «dar», o sea, hacer que el otro sea dueño de nuestra identidad más plena y secreta. Pero es en los pronombres personales donde el acto de donación amorosa alcanza su plenitud: «Yo entregué» (una cosa, quizás regalo o don) «yo di». ¿Pero a quién o qué diste? «Me», complemento directo, «me entregué, me dí, a mí» expresión de un acto libre y decidido, como debe ser. En medio de la sencillez y comunicación directa, sobrecogedor. La consecuencia no puede expresarse de manera más universal el anhelo profundo de todo el que ama de verdad «mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado».

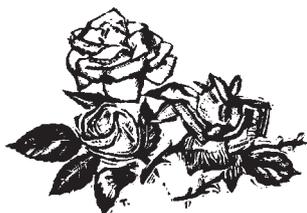
No deja de sorprenderme el verso segundo. «Suerte» y «trocar» parecen guardar alguna relación con el mundo del canje, del interés comercial y de la fortuna. Aplicado al amor a Dios no cabe duda de que es ponderativo de quien en tales «comercios» ha salido ganando. Con Dios no se pierde nunca.

Las glosas desarrollan la metáfora de la caza, flecha y herida. Nada original en cuanto a lenguaje poético pero certero para expresar que es Dios el protagonista de este amor. Cazador que no falla en sus disparos y que a pesar de sus dolorosas heridas, siempre será por sus efectos «Dulce» cazador. El amor como flechazo, como hallazgo inesperado no para el Amado sino para la amada, con la conmovedora expresión «dejó herida» en anhelo de ser correspondida, pero al mismo tiempo, rendida y sin resistencia «en los brazos del amor». El trueque ha sido tal que ha cobrado —en pago sorprendente— «nueva vida» y tanto, pues nada menos ha igualado en el encuentro dos seres infinitamente separados.

En la segunda glosa continuamos con la imagen de la herida y de la flecha. Una palabra me conmueve sobre las demás: «enherbolada», que no tiene nada que ver con enarbolada. Es en estas ocasiones cuando se descubre el genio del oficio poético, la inspiración admirable. Enherbolado es untar la punta de las saetas con venenos extraídos de hierbas. Dios ha untado la flecha del veneno de su amor y ha quedado rendida e irresistiblemente envenenada en sus amores. ¡El veneno del amor de Dios!

Toda la vida de Teresa es una historia de amor. Cuando en las edades moderna y contemporánea se presentaba a un Dios distante, ajeno a las vicisitudes y sufrimientos de los seres humanos o inexistente, santa Teresa nos lo descubre como un ser vivo, cercano, enamorado hasta la locura, capaz de oír nuestras súplicas y de estar a la espera de cada uno de nosotros de Corazón a corazón. En *La vida*, en *Las fundaciones*, en *El camino de perfección*, en *Las Moradas*, en todas sus obras menores, sean exclamaciones, cartas, etc. oímos hablar a Dios, como si estuviera a este lado de nuestra existencia, «entre los pucheros». El amor en santa Teresa no es una estrategia apostólica para difundir la religión o incrementar el número de seguidores de la Iglesia. Habla en verdad. El estribillo «mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado», no es un juego poético ni una licencia del arte retórico de persuadir. Habla de lo que vive y vive lo que ha descubierto en la buena nueva del Evangelio. Ha descubierto a Cristo, se ha encontrado con Él y vive, en el amor de la Iglesia, por y para Él. «Ya toda me entregué y dí». Esta es santa Teresa.

Ya toda me entregué y dí,
y de tal suerte he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.
Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó herida,
en los brazos del amor
mi alma quedó rendida;
y, cobrando nueva vida,
de tal manera he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.
Hirióme con una flecha
enherbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.





Mensaje del papa Francisco con motivo del V centenario del nacimiento de santa Teresa Vaticano, 15 de octubre de 2014

A monseñor Jesús García Burillo
Obispo de Ávila

Querido hermano:

El 28 de marzo de 1515 nació en Ávila una niña que con el tiempo sería conocida como santa Teresa de Jesús. Al acercarse el quinto centenario de su nacimiento, vuelvo la mirada a esa ciudad para dar gracias a Dios por el don de esta gran mujer y animar a los fieles de la querida diócesis avilense y a todos los españoles a conocer la historia de esa insigne fundadora, así como a leer sus libros, que, junto con sus hijas en los numerosos carmelos esparcidos por el mundo, nos siguen diciendo quién y cómo fue la madre Teresa y qué puede enseñarnos a los hombres y mujeres de hoy.

En la escuela de la santa andariega aprendemos a ser peregrinos. La imagen del camino puede sintetizar muy bien la lección de su vida y de su obra. Ella entendió su vida como camino de perfección por el que Dios conduce al hombre, morada tras morada, hasta Él y, al mismo tiempo, lo pone en marcha hacia los hombres. ¿Por qué caminos quiere llevarnos el Señor tras las huellas y de la mano de santa Teresa? Quisiera recordar cuatro que me hacen mucho bien: el camino de la alegría, de la oración, de la fraternidad y del propio tiempo.

Teresa de Jesús invita a sus monjas a «andar alegres sirviendo» (*Camino* 18,5). La verdadera santidad es alegría, porque «un santo triste es un triste santo». Los santos, antes que héroes esforzados, son fruto de la gracia de Dios a los hombres. Cada santo nos manifiesta un rasgo del multiforme rostro de Dios. En santa Teresa contemplamos al Dios que, siendo «soberana Majestad, eterna Sabiduría» (*Poesía* 2), se revela cercano y compañero, que tiene sus delicias en conversar con los hombres: Dios se alegra con nosotros. Y, de sentir su amor, le nació a la Santa una alegría contagiosa que no podía disimular y que transmitía a su alrededor. Esta alegría es un camino que hay que andar toda la vida. No es instantánea, superficial, bullanguera. Hay que procurarla ya «a los principios» (*Vida* 13,1). Expresa el gozo interior del alma, es humilde y «modesta» (cf. *Fundaciones* 12,1). No se alcanza por el atajo fácil que evita la renuncia, el sufrimiento o la cruz, sino que se encuentra padeciendo trabajos y dolores (cf. *Vida* 6,2; 30,8), mirando al Crucificado y buscando al Resucitado (cf. *Camino* 26,4). De ahí que la alegría de santa Teresa no sea egoísta ni autorreferencial. Como la del cielo, consiste en «alegrarse que se alegren todos» (*Camino* 30,5), poniéndose al servicio de los demás con amor desinteresado. Al igual que a uno de sus monasterios en dificultades, la Santa nos dice también hoy a nosotros, especialmente a los jóvenes: «¡No dejen de andar alegres!» (*Carta* 284,4). ¡El Evangelio no es una bolsa de plomo que se arrastra pesadamente, sino una fuente de gozo que llena de Dios el corazón y lo impulsa a servir a los hermanos!

La Santa transitó también el camino de la oración, que definió bellamente como un «tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama» (*Vida* 8,5). Cuando los tiempos

son «recios», son necesarios «amigos fuertes de Dios» para sostener a los flojos (*Vida* 15,5). Rezar no es una forma de huir, tampoco de meterse en una burbuja, ni de aislarse, sino de avanzar en una amistad que tanto más crece cuanto más se trata al Señor, «amigo verdadero» y «compañero» fiel de viaje, con quien «todo se puede sufrir», pues siempre «ayuda, da esfuerzo y nunca falta» (*Vida* 22,6). Para orar «no está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho» (*Moradas* IV,1,7), en volver los ojos para mirar a quien no deja de mirarnos amorosamente y sufrirnos pacientemente (cf. *Camino* 26,3-4). Por muchos caminos puede Dios conducir las almas hacia sí, pero la oración es el «camino seguro» (*Vida* 21,3). Dejarla es perderse (cf. *Vida* 19,6). Estos consejos de la Santa son de perenne actualidad. ¡Vayan adelante, pues, por el camino de la oración, con determinación, sin detenerse, hasta el fin! Esto vale singularmente para todos los miembros de la vida consagrada. En una cultura de lo provisorio, vivan la fidelidad del «para siempre, siempre, siempre» (*Vida* 1,5); en un mundo sin esperanza, muestren la fecundidad de un «corazón enamorado» (*Poesía* 5); y en una sociedad con tantos ídolos, sean testigos de que «solo Dios basta» (*Poesía* 9).

Este camino no podemos hacerlo solos, sino juntos. Para la santa reformadora la senda de la oración discurre por la vía de la fraternidad en el seno de la Iglesia madre. Esta fue su respuesta providencial, nacida de la inspiración divina y de su intuición femenina, a los problemas de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo: fundar pequeñas comunidades de mujeres que, a imitación del «colegio apostólico», siguieran a Cristo viviendo sencillamente el Evangelio y sosteniendo a toda la Iglesia con una vida hecha plegaria. «Para esto os juntó Él aquí, hermanas» (*Camino* 2,5) y tal fue la promesa: «que Cristo andaría con nosotras» (*Vida* 32,11). ¡Que linda definición de la fraternidad en la Iglesia: andar juntos con Cristo como hermanos! Para ello no recomienda Teresa de Jesús muchas cosas, simplemente tres: amarse mucho unos a otros, desasirse de todo y verdadera humildad, que «aunque la digo a la postre es la base principal y las abraza todas» (*Camino* 4,4). ¡Cómo desearía, en estos tiempos, unas comunidades cristianas más fraternas donde se haga este camino: andar en la verdad de la humildad que nos libera de nosotros mismos para amar más y mejor a los demás, especialmente a los más pobres! ¡Nada hay más hermoso que vivir y morir como hijos de esta Iglesia madre!

Precisamente porque es madre de puertas abiertas, la Iglesia siempre está en camino hacia los hombres para llevarles aquel «agua viva» (cf. Jn 4,10) que riega el huerto de su corazón sediento. La santa escritora y maestra de oración fue al mismo tiempo fundadora y misionera por los caminos de España. Su experiencia mística no la separó del mundo ni de las preocupaciones de la gente. Al contrario, le dio nuevo impulso y coraje para la acción y los deberes de cada día, porque también «entre los pucheros anda el Señor» (*Fundaciones* 5,8). Ella vivió las dificultades de su tiempo –tan complicado– sin ceder a la tentación del lamento amargo, sino más bien aceptándolas en la fe como una oportunidad para dar un paso más en el camino. Y es que, «para hacer Dios grandes mercedes a quien de veras le sirve, siempre es tiempo» (*Fundaciones* 4,6). Hoy Teresa nos dice: Reza más para comprender bien lo que pasa a tu alrededor y así actuar mejor. La oración vence el pesimismo y genera buenas iniciativas (cf. *Moradas* VII, 4,6). ¡Éste es el realismo teresiano, que exige obras en lugar de emociones, y amor en vez de ensueños, el realismo del amor humilde frente a un ascetismo afanoso! Algunas veces la Santa abrevia sus sabrosas cartas diciendo: «Estamos de camino» (*Carta* 469,7.9), como expresión de la urgencia por continuar hasta el fin con la tarea comenzada. Cuando arde el mundo, no se puede perder el tiempo en negocios de poca importancia. ¡Ojalá contagie a todos esta santa prisa por salir a recorrer los caminos de nuestro propio tiempo, con el Evangelio en la mano y el Espíritu en el corazón!

«¡Ya es tiempo de caminar! » (Ana de San Bartolomé, *Últimas acciones de la vida de santa Teresa*). Estas palabras de santa Teresa de Ávila a punto de morir son la síntesis de su vida y se convierten para nosotros, especialmente para la familia carmelitana, sus paisanos abulenses y todos los españoles, en una preciosa herencia a conservar y enriquecer.

Querido hermano, con mi saludo cordial, a todos les digo: ¡Ya es tiempo de caminar, andando por los caminos de la alegría, de la oración, de la fraternidad, del tiempo vivido como gracia! Recorramos los caminos de la vida de la mano de santa Teresa. Sus huellas nos conducen siempre a Jesús.

Les pido, por favor, que recen por mí, pues lo necesito. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide.

Fraternalmente,

Franciscus



El futuro de la humanidad se fragua en la familia*

LUDMILA GRYGIEL

CHESTERTON dijo que no necesitamos una Iglesia movida por el mundo, sino una Iglesia que mueva al mundo. Parafraseando estas palabras, podemos decir que hoy las familias, las que están en crisis y las que son felices, no necesitan una pastoral adecuada al mundo, sino una pastoral adecuada a la enseñanza de Aquel que sabe lo que desea el corazón del hombre. El paradigma evangélico de esta pastoral lo veo en el diálogo de Jesús con la Samaritana, del que emergen todos los elementos que caracterizan la actual situación de dificultad, tanto de los esposos como de los sacerdotes comprometidos en la pastoral. Cristo acepta hablar con una mujer que vive en el pecado. Cristo no es capaz de odiar; sólo es capaz de amar y por este motivo no condena a la Samaritana, sino que despierta el deseo original de su corazón, confundido por los acontecimientos de una vida desordenada. Sólo después de que la mujer confiese que no tiene marido, Cristo la perdona. Así, el pasaje evangélico recuerda que Dios no hace don de su misericordia a quien no la pide y que el reconocimiento del pecado y el deseo de conversión son la regla de la misericordia. La misericordia no es nunca un don ofrecido a quien no lo quiere, no es un producto rebajado porque nadie lo quiere. La pastoral pretende una adhesión profunda y convencida de los pastores a la verdad del sacramento.

En el diario íntimo de Juan Pablo II encontramos esta nota escrita en 1981, tercer año de su pontificado: «La falta de confianza en la familia es la primera causa de la crisis de la familia».

Se podría añadir que la falta de confianza en la familia por parte de los pastores es una de las principales causas de la crisis pastoral familiar. Ésta no puede ignorar las dificultades, pero tampoco debe detenerse en ellas y admitir, desconsolada, la propia derrota. No puede acomodarse a la casuística de los

modernos fariseos. Debe acoger a las samaritanas, pero para llevarlas a la conversión.

Los cristianos están hoy en una situación similar a la que se encontró Jesús, el cual, a pesar de la dureza de corazón de sus contemporáneos, volvió a proponer el modelo de matrimonio que Dios quiso desde el principio.

Tengo la impresión de que nosotros, cristianos, hablamos demasiado de los matrimonios fracasados, pero poco de los matrimonios fieles; hablamos demasiado de la crisis de la familia, pero poco del hecho de que la comunidad matrimonial y familiar asegura al hombre no sólo la felicidad terrena, sino también la eterna y es el lugar en el que se realiza la vocación a la santidad de los laicos.

Así, se ensombrece el hecho de que, gracias a la presencia de Dios, la comunidad matrimonial y familiar no se limita a lo temporal, sino que se abre a lo supratemporal, porque cada uno de los esposos está destinado a la vida eterna y está llamado a vivir eternamente en presencia de Dios, que los ha creado a los dos y los ha querido unidos, sellando Él mismo esta unión con el sacramento.



* Extraído de las actas de la Asamblea Plenaria del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa, octubre 2014, sobre el tema «The family and the future of Europe». Ludmila y Stanislaw Grygiel, polacos, ambos son docentes en el Pontificio Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre Matrimonio y Familia.

Santa María de Guadalupe, reina de Las Españas

LUIS CUESTA

Hallazgo de la imagen y construcción del monasterio

EN el siglo XIV, durante el reinado de Alfonso XI, el pastor llamado Gil Cordero relató que mientras buscaba una vaca perdida una Señora radiante emergía de entre los arbustos. Después de indicarle el lugar que debía excavar para desenterrar el tesoro (la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe), ella pidió que se le construyera una capilla.

Dice la tradición que junto a la imagen encontrada, se conservaban documentos declarando su procedencia: había pertenecido al papa san Gregorio, quien le profesaba suma devoción. El Papa envió la imagen a san Isidoro de Sevilla, por medio de su hermano san Leandro, para que presidiera los destinos de la España recién convertida y unificada. Y cuando la invasión musulmana amenazó Sevilla, los cristianos huyeron, llevándose la imagen, para enterrarla en lugar seguro, como hicieron cerca de Guadalupe donde fue encontrada por el pastor Gil Cordero seiscientos años después.

Alfonso XI ordenó la construcción de una fortaleza con una iglesia adosada donde fue entronizada la imagen, que fue llamada «Guadalupe» por la villa localizada cerca del lugar del descubrimiento. Asimismo, el propio rey de España, Alfonso XI, visitó la capilla después del descubrimiento de la imagen.

Inicios de la devoción

A RAÍZ del descubrimiento de la imagen, comenzaron los milagros y el afluir de las gentes. Ya a mediados del siglo XIV, consta la existencia de una capilla, dotada con algunas tierras, junto a la que se levantaban hospitales para peregrinos y enfermos. El mismo Alfonso XI que había ordenado la construcción del santuario, habiéndose encomendado a la Virgen de Guadalupe en la batalla del Salado contra los musulmanes, le atribuyó su victoria y en agradecimiento declaró al monasterio de patronato real y lo constituyó en priorato.

Es tan grande la afluencia de peregrinos, procedentes de todas partes, que el arzobispo de Toledo, Pedro Tenorio, decidió construir el famoso puente sobre el Tajo que lleva su nombre (Puente del Arzobispo) con objeto de facilitarles el paso. Asimismo, en el año 1389 llegaron al monasterio 31 monjes de la recién nacida Orden de San Jerónimo, llevando al frente a uno de sus cofundadores, el padre Yáñez, a quien Enrique III quería nombrar arzobispo de Toledo, sin que éste aceptase el nombramiento debido a su modestia.

Desde estos momentos la Virgen de Guadalupe no parece cansarse de prodigar sus gracias desde el monasterio. Desde 1226 hasta 1835, el culto a la Virgen llegó a la cumbre de su grandeza y la fama del santuario llegó a todo el mundo, como se ve reflejado en la existencia de nueve códices de *Milagros de Nuestra Señora de Guadalupe* que testimonian el fervor universal por esta imagen.

Devoción real

LA Casa de Trastámara tuvo extraordinaria devoción a la Virgen. A título de ejemplo, para ayudar a Juan I en la batalla de Aljubarrota se vendió el primer trono de la Virgen después de que el propio rey acudiera al priorato pidiendo ayuda económica para la batalla. Por otra parte, Juan II se buscó entre los monjes del monasterio un consejero, a la muerte del valido don Álvaro de Luna. El rey de Castilla Enrique IV y su madre la reina María de Aragón se encuentran enterrados en el Monasterio.

Resulta especialmente relevante indicar que la vida de los Reyes Católicos tuvo una estrecha relación con Guadalupe. En 1464, teniendo Isabel trece años, se celebra en el santuario su primer concierto matrimonial con el portugués Alfonso V, y el segundo en 1469. La Reina visitó más de veinte veces el monasterio con diversos motivos, y siempre en busca de la intercesión de la Virgen, ordenando por último que su testamento fuese conservado siempre en el monasterio. Así, yendo a Guadalupe su esposo don Fernando falleció, quien ya había sido librado por intercesión de la Virgen



del atentado que sufrió en Barcelona el 1492.

En este sentido, durante el reinado de Fernando e Isabel tuvieron lugar dos gestas que van a definir para siempre el perfil y la misión histórica de España en el mundo: la culminación de la Reconquista y unidad religiosa por la toma de Granada y la conquista y cristianización de América.

Intercesión en el final de la Reconquista

DURANTE el transcurso de la guerra en Granada, la reina Isabel, se encomendó devotamente a la Virgen de Guadalupe mediante las oraciones de los monjes. Una vez conquistada la ciudad, en el mismo día, se apresuró a enviar la siguiente carta que se conserva en el archivo del monasterio:

«Devoto Prior: Ya sabéis cómo vos hice saber muchas veces la entrada del Rey mi Señor a conquistar el reino de Granada, por que rogásedes a Dios Nuestro Señor le diese la victoria de aquellos

enemigos de nuestra Santa Fe Católica. Agora vos hago saber cómo ya, bendito Nuestro Señor, le plugo dar al Rey mi Señor esta victoria que hoy dos días de este mes de enero, se nos entregó la ciudad de Granada con todas sus fuerzas y sus tierras. Lo que vos escribo solamente para que hagáis gracias a Dios Nuestro Señor que tuvo por bien de vos oír, y dar en esto el fin deseado. De la ciudad de Granada, dos días de enero de 92 años. Yo, la Reina.»

Y además, el 9 de junio fueron los dos reyes a dar personalmente gracias a la Virgen trayéndole innumerables trofeos de la batalla.

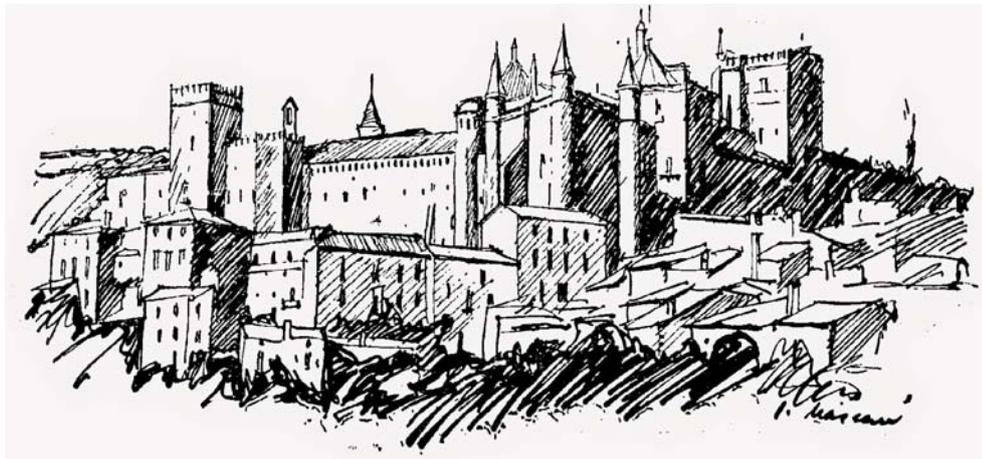
Reina de Las Españas

LA intercesión de la Virgen de Guadalupe en la conquista y evangelización de América también fue fundamental por cuanto en su monasterio fue donde se firmaron en 20 de junio de 1488 las cartas reales a Juan de Peñalosa, dirigidas a «ciertos vecinos de Palos para que entreguen a Cristobal Colón dos carabelas».

Si por la Virgen pudo comenzarse el viaje, por la Virgen se pudo terminar, porque, cuando al regreso les asaltó durísima tempestad en las islas Azores, se encomendaron a Santa María de Guadalupe, prometiendo ir, aquél a quien designare la suerte, a llevarle un grueso cirio a su casa, siendo el mismo almirante el designado para traerlo. Por eso en el segundo viaje puso el nombre de Guadalupe a la primera isla descubierta –Turuqueira– y a los pies de la imagen (29 de julio de 1496) consagró las primicias espirituales del Nuevo Mundo, ya que hizo bautizar a los dos primeros indios que recibieron este sacramento en España.

Además de lo anterior, los grandes conquistadores de América, habían nacido al amparo de la Virgen de Guadalupe en la región extremeña (Pizarro, Cortés, Ovando, etc.) y habían aprendido desde niños a encomendarse a ella. Por este motivo, trasladaron su devoción al Nuevo Mundo y acudieron a ella en sus momentos difíciles, como hizo señaladamente Cortés, quien, cual prenda de agradecimiento, le envió en una ocasión una hermosa lámpara y un alacrán de oro. Así se puede encontrar el nombre de la Virgen de Guadalupe extendido por toda la

No se puede entender la fe del pueblo español sin la devoción que ha profesado a Santa María de Guadalupe así como su influencia en las grandes gestas de Las Españas durante numerosos siglos de su historia.



Real Monasterio de Santa María de Guadalupe

geografía americana, desde el Tepeyac, en Méjico, hasta Lima, pasando por Guápulo (Quito), Potosí, Sucre, Pacasmayo, Ica, Chuquiabo, Misque, Trujillo, Cochabamba y Oruro.

Sin embargo, no fue solamente América, sino todo lugar donde lo español puso su planta. El Gran Capitán, su devotísimo, la llevó por Nápoles, Palermo, Mesina. Ella ayudó a Cisneros en la conquista de Orán y Cisneros, en buena ley de caballería andante a lo divino, le envió trescientos cautivos por él libertados para que le dieran gracias, viniendo luego también él para hacerlo personalmente.

Estuvo presente en Lepanto con don Juan de Austria; con Felipe II en la guerra contra los moriscos de Granada; con don Sebastián de Portugal en la guerra de Marruecos (precisamente fue en Guadalupe donde Felipe II negó a D. Sebastián ayuda militar para la guerra en Marruecos) y presidió las negociaciones que llevaron a la unidad ibérica en tiempo de este rey.

La invocó el Conde-Duque de Olivares en la batalla de Fuenterrabía; Álvarez de Sotomayor en la batalla de Budapest contra los turcos (1686), y le envió su corazón para que yaciera siempre a sus pies; el conde de Alcaudete en las batallas de Temeswar (1716) y de Belgrado (1717). La llevaron a Flandes el duque de Alba, a Hungría el emperador Fernando: Carlos V a Alemania; a Inglaterra María Tudor. Todo el esplendor de la España de los Austrias, cuyos reyes la visitaron innumeradas veces, le ofrecieron sus mejores exvotos, propagaron su devoción por el mundo. Hasta Polonia, el Congo, Grecia, conocieron y rezaron al Señor por intercesión de la Virgen de Guadalupe; hasta la lejana India a donde la llevaron los portugueses.

Resultó especialmente notoria la intercesión y el poder de la Virgen de Guadalupe en la liberación de cautivos, de forma tal que a sus devotos se les daba trato de especial vigilancia en los mercados de esclavos de los musulmanes, por la presteza con que alcanzaban libertad. Un cautivo insigne que supo esto por experiencia fue Miguel de Cervantes, quien

fue a ofrecerle sus cadenas después del cautiverio de Argel. Ya en el siglo xv daba testimonio un viajero alemán de que colgaban de las paredes del templo cadenas de cautivos liberados en cantidad tal, que no se podrían transportar ni con doscientos carros.

San Juan de Dios quien escuchó en Guadalupe de labios de la Virgen la orden de consagrarse al cuidado de los enfermos, que eran atendidos, por otra parte, en el monasterio con tanto esmero, que llegaron a ser mundialmente famosas sus escuelas de medicina, donde se practicó por vez primera en Europa la autopsia.

La Casa de Borbón, estuvo menos afecta al santuario, si bien recibió también muchos beneficios de la Virgen. El monasterio ayudó a Carlos III en la guerra contra Inglaterra; a Carlos IV contra la Revolución Francesa; a Godoy contra Inglaterra. Y cuando la invasión francesa asoló España, el monasterio se volcó exhaustivamente en ayuda de los patriotas empeñando todas las joyas de la Virgen.

Declive y restauración

A PARTIR del siglo XIX vinieron los años de decadencia para el Monasterio. En 1835 la desamortización terminó con lo poco que dejaron los franceses y poco a poco la inmensa mayoría de los españoles olvidaron a la Virgen de Guadalupe. Su monasterio fue en gran parte destruido; sus riquezas aventadas; sirvió hasta de cuartel.

En 1908 comenzó su restauración material y espiritual. Se hicieron cargo de la empresa los franciscanos, que tanto habían propagado su devoción por América. Alfonso XIII y el primado de Toledo la coronaron solemnemente en 1928 como Reina de Las Españas. San Juan Pablo II, durante su viaje apostólico por la Tierra de María, no quiso perder la oportunidad de visitar y rezar ante la Virgen de Guadalupe el 4 de noviembre de 1982.

San José Oriol. El Cura de Ars catalán

LAURA CASALS

HABLAR de san José Oriol es hablar de las maravillas de Dios. Sacerdote diocesano, dedicó casi toda su vida de sacerdote a atender espiritualmente las necesidades de la parroquia de Santa María del Pino de Barcelona. Entregado plenamente al Señor, humilde de familia y en su situación eclesial, olvidado de sí mismo y puesta siempre su mirada en el Señor, de profunda vida interior y celo pastoral, pasó su vida entregado a la obra de Dios, dejándose modelar por el Señor, que tantas obras grandes, tantos milagros hizo tomándole a él por instrumento. Vivió en la época de la guerra de los catalanes contra Felipe IV y la alianza de éstos con los franceses y los posteriores conflictos y guerras con ambos, ante lo cual se hallaba la sociedad barcelonesa invadida por el miedo, además de amenazada por la inminente peste.

Vida del santo

NACIÓ el 23 de noviembre de 1650 en el corazón de Barcelona, en el distrito parroquial de San Pedro de las Puellas, en cuya iglesia fue bautizado el mismo día. Sus padres, Juan Oriol y Gertrudis Burguñà, estaban al frente de ocho hijos más, mayores que el recién nacido, y que no vivieron muchos años. A los ocho meses de su nacimiento murió su padre, víctima de la peste, y dos hermanos suyos. En 1654 su madre se casó en segundas nupcias con el zapatero Domingo Pujolar,

que fue un modelo de padre bondadoso y piadoso para José y buen esposo de la viuda. Él fue quien le proporcionó su primera formación académica, en casa de un maestro de barrio. Sin embargo, cuando éste tenía trece años falleció Domingo Pujolar y en ese tiempo fue admitido de monaguillo en Santa María del Mar, pues en esa época tenían preferencia para adquirir un puesto de monaguillo los niños huérfanos o de familias precarias. Durante los años que sirvió allí pudo experimentar el gozo espiritual de la vida en Dios y fue creciendo en él la vocación que desde siempre llevaba enraizada en su corazón. Los sacerdotes de la parroquia descubrieron en él esa vocación tan verdadera y singular al sacerdocio y le ayudaron a que pudiera proseguir con su carrera profesional.

Cuando llegó la época de los estudios dejó su labor en Santa María del Mar para poder dedicarse plenamente a su formación intelectual. Cursó primero letras y filosofía para seguir después con teología, en la universidad instalada entonces en la Rambla dels Estudis. Se doctoró en teología, destacando asimismo en las materias referentes a la Sagrada Escritura y la lengua hebrea. En cuanto a su formación espiritual, era asiduo al Oratorio de San Felipe Neri de Barcelona, donde recibió buena dirección espiritual y guía.

Se ordenó en Vic, el día 30 de mayo de 1676, a los 25 años, en la capilla de las monjas de Santa Clara y celebró su primera misa en la iglesia parroquial de San Pedro de Canet de Mar. Por aquel

«El dulce eclesiástico de Barcelona contribuyó muy eficazmente a la reforma de costumbres de la ciudad, y al crecimiento de su espíritu sobrenatural con la propagación de la enseñanza catequística. La palabra de vida eterna no se apartaba de su boca, y él, como el ave a sus polluelos, sabía dar a los párvulos, por la edad o por la falta de instrucción, el bocado correspondiente a sus fuerzas espirituales».

De la pastoral del DR. TORRAS Y BAGES sobre *La ejemplaridad sacerdotal de san José Oriol*, 11 de septiembre de 1909.



entonces, para que a un sacerdote se le concediera en beneficio una parroquia debía tener una renta mínima y algún que otro contacto. Y mientras buscaba, se le ofreció un trabajo de preceptuación de los hijos de la familia Gasneri. Con ellos permaneció durante diez años viviendo en humildísima austeridad la vida escondida de Nazaret. En sus ratos libres acudía a su querido Oratorio donde confesaba y predicaba, como operario externo a éste. En el año 1685, a la muerte de su buena madre, a la que asistió cariñosamente durante su enfermedad, decidió dejar la casa y partir en peregrinación a Roma, viaje que realizó con su natural porte austero y profundamente espiritual. Gracias a los contactos de los padres del Oratorio en Italia, consiguió que el Papa, Inocencio XI, uno de los papas más beneméritos de su época, le concediera un beneficio en la parroquia de Santa María del Pino de Barcelona.

El 4 de marzo de 1678 se instaló en la parroquia del Pino, que no abandonaría hasta su muerte. Allí empezó su vida de confesor, catequista, predicador, director de almas ejemplares, taumaturgo como ninguno en la historia de la Iglesia, apóstol de las cárceles, de los enfermos, de los soldados... Todo ello fundado en una vida pobre y penitente; dormía en una habitación alquilada, por cama una silla y de alimento, pan y agua. Y esto externamente, pues su principal motor era su intensa vida de oración y apostolado, unida a tantas cruces, que son lo que verdaderamente da fruto.

El santo pidió celebrar la última misa del día, lo que le suponía estar en ayunas desde la medianoche anterior. Así, se pasaba el día confesando en su capilla, la Capilla del Santo Cristo de la Sangre (que era también la del Sagrario), en la que le esperaban largas colas de personas que querían confesarse con «el doctor Oriol». Llegada la hora, se dirigía hacia el altar, acompañado de un monaguillo y de una vasija con agua bendita y se ponía a recibir a colas de enfermos y de personas venidas de Barcelona, Cataluña e incluso de fuera. Rezaba con ellas, les bendecía, les daba buenos consejos y les hacía la señal de la cruz. Luego les llevaba ante un cuadro de la Virgen de la Leche y hacía que se encomendaran a ella, su querida Madre. Eran muchos los que se aliviaban o curaban tanto física como espiritualmente; el Señor se servía de su pobre instrumento para derramar sus gracias sobre tantas almas. Y no sólo presencialmente; en una ocasión contestaba a doña María Rajadell, que le pedía la salud de su hija: «Si tiene fe, su hija curará y no será de las primeras ni de las últimas que en ausencia mía han curado, no por mí, sino por Cristo, que se vale del mandamiento de un inútil ministro suyo». Asimismo, no faltaban en su apostolado sus visitas a enfermos y familias amigas, sobre todo si podía hablarles y aconsejarles sobre temas espirituales.

A medida que pasaban los años fueron creciendo en él los deseos de martirio y de misión, que a su vez iban muy unidos, pues él deseaba partir a Japón a convertir a tantos gentiles y a derramar allí su sangre por Cristo. Con estos deseos partió el 2 de abril de 1698, vestido de peregrino y sin ningún «demonio» en el bolsillo, como diría él (sin dinero ni comida ni más ropa), y muy a pesar de los barceloneses y de tanta gente que acudía a él, hacia Roma con el fin de presentarse a la Congregación de Propaganda Fide y pedir permiso para poder partir a Jerusalén, tierra de infieles, y de allí a las misiones en Japón.

Ya de camino, en Marsella enfermó y estando en cama se le apareció la Virgen, indicándole la necesidad de volver a Barcelona. El santo, siempre fiel a la voluntad de Dios y no buscando más que lo que Él quiere, regresó a su parroquia, a su día a día, hasta que en marzo de 1702 cayó enfermo de una aguda pleuresía de la que no se recuperaría. El santo abrazado a su cruz, vivió su enfermedad en oración y entrega, invocando en todo momento a la beatísima Trinidad, a la Santísima Virgen y al patriarca san José. Murió a los cincuenta y un años de edad, habiendo recibido los sacramentos y el viático, acompañado de un coro de niños que le cantaban el *Stabat Mater*, a petición suya. Fue enterrado en la capilla de San Lorenzo de su tan beneficiada iglesia. Su vida, queda recogida en una frase que él pronunció antes de morir: «Tened fe»

Santidad de vida que da fruto abundante

LA vida exterior del santo no puede entenderse sin conocer el calor divino que abraza su alma, sin atender a su vida espiritual y sus virtudes, que son para nosotros ejemplo y modelo.

En cuanto a su espiritualidad, estaba el corazón de José tan lleno del Espíritu Santo, tan unido a Dios, que su vida era la vida de Dios, que para él lo normal era lo sobrenatural. Y así, viviendo cada vez más como Jesús, con la voluntad entregada y decidida por los deseos del Señor, no buscaba en su trabajo, en su oración, penitencia, apostolado, otra cosa que servir y amar al Señor. Un hombre de fe, místico y sobrenatural, salían de su boca estas palabras: «Todos curaríamos si tuviésemos fe, porque todos somos discípulos de Jesucristo, a los cuales dijo Él estas palabras: pondrán las manos sobre los enfermos y curarán». Asimismo, comenta el presbítero José Ricart Torrents, hablando del santo, que «era tanto el gozo de su presencia de Dios que andaba por las calles con el sombrero en las manos, descubierto como en el templo... ¡Porque en todas partes descubría la inefable vista y posesión de la Santísima Trinidad!»

Esta presencia tan viva de Dios se puede entender desde su profunda humildad, virtud por la que destaca particularmente el santo y por la que adquirió tantas gracias de Dios. Se tenía a sí mismo por nada, conociéndose bien, y es que su humildad atraía al Señor a hacer cada día más obras en él, a desbordar milagros de sus manos. Sabía que

no era él quien hacía los milagros, sino el Señor, por su misericordia. Él se sabía un simple y pobre instrumento del que el Señor se sirvió para hacer tantas maravillas.

Desde su infancia anhelaba estar ante el sagrario, donde le podían encontrar a todas horas. Hombre eucarístico, tenía en la misa su cielo y su mayor alegría. Algunos de sus feligreses advertían que su rostro se transfiguraba después de la consagración. Y es de este amor grande a la Eucaristía que nacía su labor apostólica y su amor a la Iglesia, especialmente a los más sencillos y alejados de Dios.

Vivía desprendido del mundo, pobre en lo material pero rico en las cosas de Dios. Durante toda su vida, y en su agonía, en la que otros sacerdotes le ofrecían dinero, les decía: «No necesito cosa alguna, que nada ha de faltarme, confiado como vivo en la Divina Providencia».

Como a todo santo cristiano, no le faltaron las cruces e incomprendiones, calumnias, desprecios, enemigos... Y es que el santo, con su vida contemplativa y apostólica, unida a los sufrimientos, nos muestra que esto es lo propio del ministerio parroquial, de la vida en Cristo. Aunque en medio de tantas cruces nunca le faltó la alegría, la paz, la delicadeza... Incluso se preguntaban algunos por el misterio perpetuo de su alegría.

Así pues, como resumió el cardenal Mercier: «San José Oriol nos mostrará en el sacerdocio diocesano los supremos, los más inefables estímulos de perfección y la magnitud extraordinaria de santidad que requiere el Sacramento del Orden».



Milagro de San José Oriol de José Bernat Flaugé



Pequeñas lecciones de historia

Edmund Campion (IX): su acción apostólica en Inglaterra

GERARDO MANRESA

LONDRES era el foco de mayor peligro para los sacerdotes católicos, por lo que rápidamente ambos jesuitas, Pearsons y Campion fueron subiendo hacia las regiones de Windsor, Oxford, Northampton, Midlands, visitando las familias católicas y procurando, tanto ellos como sus anfitriones, no dejar rastro de su paso. Su misión era consolarles, reforzarles en su fe y animarles a seguir en ella. Viajaba con cierta comodidad, montado a caballo y vestido como un caballero de mediana fortuna. Encontró los anfitriones católicos generalmente empobrecidos hasta el límite de la ruina por las multas que debían pagar y en la mayoría de las casas algún miembro de la familia estaba en prisión. Por la región se extendía el rumor de que Campion había llegado y por la tarde se iban reuniendo los católicos de toda condición, caballeros, clerecía y trabajadores, y les recibía uno a uno confesando y aconsejándoles. Al alba se celebraba la misa y se repartía la comunión. Después de la misa, Campion predicaba. Los sermones de Campion se recordaron muchos años después de su muerte. El tono de emoción, la profundidad de sus imágenes, la precisión, la argumentación equilibrada, la estructura completa y la retórica que conmovieron en Oxford años atrás volvió a la región inglesa. Después de ello Campion seguía su camino y todos volvían a sus casas.

El peligro era cada vez mayor, el *Alarde* había convencido a las autoridades de que Campion estaba en Inglaterra y al mismo tiempo que se querían anular las razones de su escrito, se quería también evitar su evangelización. La alarma gubernamental encontró expresión en una proclama de enero de 1581 en que declaraba a los súbditos de Su Majestad, que bajo apariencia de seguir estudios viven en el extranjero, contrarios a las leyes de Dios y del reino, deben volver bajo pena de pérdida de todos sus derechos civiles, tanto ellos como sus parientes. Los jesuitas y los sacerdotes albergados deben ser entregados bajo pena de sedición y alta traición. En diciembre se había aprobado la tortura a los prisioneros religiosos. Campion estaba en Lancashire y Yorkshire cuando conoció estos decretos y siguió el plan de evangelización aprobado con su superior Pearsons.

Al margen de estas tensiones, Campion trabajó en la redacción de sus *Diez razones*. La situación entre los ingleses católicos había cambiado, nadie confiaba ya en la restauración de la Iglesia católica y sólo pedían el consentimiento de morir con el consuelo de los sacramentos. Él creía que lo importante era mostrar que su confianza estaba apoyada en la fuerza de su causa y no en sus propios recursos y así el título fue *Diez razones de la confianza con que Edmund Campion se ofreció a*

defender su fe ante los hombres más notables de nuestras universidades. Para su publicación volvió Campion a Londres. La impresión costó mucho pues las persecuciones y el cierre de ellas obligó a cambiar de imprenta. Sólo hay conocimiento de tres copias de la primera edición. Su aparición causó profunda impresión y el obispo de Londres consideró grave el asunto.

Las principales razones de Campion eran que: los herejes siempre se han visto obligados a mutilar las Sagradas Escrituras en algún punto o cambiar el sentido del mensaje. Al rechazar la existencia de una Iglesia visible, niegan la existencia de cualquier Iglesia. Los protestantes, aunque parecen aceptar los primeros concilios, rechazan muchas de sus enseñanzas. Los protestantes no tienen en cuenta a los Padres de la Iglesia. La historia de la Iglesia es una continuidad, los protestantes no tienen tradición. Las obras de los principales autores protestantes tienen afirmaciones ofensivas. Emplean argumentos trucados y falaces. La diversidad y extensión de la Iglesia católica son impresionantes. Y acaba diciéndole a la reina Isabel: «Llegará el día, Isabel, en que podrás ver claro quienes te han amado, la Compañía de Jesús o los descendientes de Lutero».

Esta obra fue un trabajo destinado a influir en su época. El primer ministro Cecil, ahora barón de Burghley, instó al obispo de Londres y a los profesores de Oxford y Cambridge a redactar respuestas. En tres años aparecieron más de veinte obras para rebatir los escritos de Campion, junto con esta campaña también se incrementó la persecución contra él. Pero el impulso que dio a los católicos ingleses en un año de estancia en su país natal fue grande: llegaban los sacerdotes formados en Allen (Bélgica), se seguía celebrando misa en Inglaterra, la próxima generación aún aprendería las verdades de la fe, la Iglesia de Agustín, de Eduardo y de Tomás seguía viva, Campion ya se veía venir el sacrificio final: el patíbulo de Tyburn.

Esto llegó pronto, el martes 11 de julio de 1581 se despidió de Pearsons para seguir su evangelización por Lancashire y trasladarse luego a Norfolk, pero en Lyford, centro católico bien conocido, las ansias de los católicos de querer tener entre sí a Campion, le hicieron permanecer en el mismo lugar varios días. Ello permitió que George Elliot, cazasacerdotes profesional, que se pasó al anglicanismo para evitar penas de cárcel por violación y homicidio, especialmente encargado de detener al jesuita, le detuviera tras una larga y detallada inspección del edificio donde estaba. Era el domingo, 16 de julio de 1581. Su evangelización en Inglaterra había durado apenas trece meses, pero sus frutos perduraron muchos años.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

1975 aniversario de la venida de la Virgen a Zaragoza

EL pasado 11 de octubre, víspera de la fiesta de la Virgen del Pilar, dio comienzo el año jubilar con motivo de cumplirse el 1975 aniversario de la venida de la Virgen en carne mortal a Zaragoza. La venerable y secular tradición pilarista, llegada hasta nosotros de generación en generación, fija aquella bendita hora en el 2 de enero del año 40 de la era cristiana, cuando el apóstol Santiago descansaba a orillas del Ebro, afligido por el escaso fruto de su apostolado, y la Virgen María se le apareció sobre el Pilar que dejó como recuerdo. Desde entonces veneraron y veneramos el santo Pilar que sostiene la pequeña imagen de la Virgen, a la que ponemos como intercesora para que el Señor nos conceda «fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor» a cuantos la invocamos aquí y en tantos lugares del mundo.

La celebración de este 1975 aniversario, afirmó D. Manuel Almor, deán del cabildo metropolitano, «será ocasión de júbilo y de celebraciones especiales que se prolongarán hasta el 13 de octubre de 2015. Un año jubilar que significa año de alegría, de gozo, de alabanza y de acercamiento al Señor por medio de María. Tiempo de gracia destinado a promover la santidad de vida, consolidar la fe, favorecer las obras de caridad y solidaridad y la comunión fraterna en el seno de la Iglesia y de la sociedad; en definitiva, un tiempo para recordar y llevar a los creyentes a una profesión de fe más sincera y más coherente en Cristo Salvador». Los actos más sobresalientes girarán en torno a las fiestas marianas más importantes además de los días 2, 12 y 20 de cada mes en los que se recuerda la Venida, la fiesta del Pilar y el día de la coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora. Para el día 2 de cada mes hay programadas visitas nocturnas al Pilar en grupos reducidos y con el formato de visita teatralizada; por vez primera se expondrá en la Lonja la rica colección de mantos de la Virgen del Pilar, expresión de devoción filial de personas e instituciones; hay programado un extenso repertorio de intervenciones musicales y verán la luz algunas publicaciones en las que se recogerán aquellos documentos que avalan la tradición del Pilar.

Roma inicia 365 días de adoración eucarística ininterrumpida

Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!». Estas palabras del evangelio de san Lucas han inspirado a diversos movimientos y asociaciones laicales romanas —especialmente jóvenes— la organización de «un año de fuego» como punto de referencia para todas aquellas comunidades, asociaciones, grupos y congregaciones que sienten la llamada a una ‘Nueva Evangelización’. La iniciativa, centrada en la adoración eucarística, dio comienzo el 2 de enero en el barrio romano del Trastevere con una celebración eucarística presidida por Mons. Matteo Zuppi, obispo auxiliar de la diócesis de Roma. Las jornadas de adoración se iniciarán cada tarde a partir de las 18:45 horas con la celebración de la santa Misa, tras la cual será expuesto el Santísimo Sacramento para la adoración eucarística y se iniciará una jornada de evangelización con los transeúntes que se encuentran por las vías del Trastevere. Los actos culminarán con la bendición eucarística a las 21:00 horas (Gaudiumpress.org).

Jesús es la salvación para todas las personas y todos los pueblos.

A Él, el Salvador del mundo, le pido hoy que guarde a nuestros hermanos y hermanas de Irak y de Siria, que padecen desde hace demasiado tiempo los efectos del conflicto que aún perdura y, junto con los pertenecientes a otros grupos étnicos y religiosos, sufren una persecución brutal (...) Que la Navidad les traiga esperanza, así como a tantos desplazados, prófugos y refugiados, niños, adultos y ancianos, de aquella región y de todo el mundo. Que el Señor abra los corazones a la confianza y otorgue la paz a todo el Medio Oriente, a partir la tierra bendecida por su nacimiento, sosteniendo los esfuerzos de los que se comprometen activamente en el diálogo entre israelíes y palestinos.

Que Jesús, Salvador del mundo, custodie a cuantos están sufriendo en Ucrania y conceda a esa amada tierra superar las tensiones, vencer el odio y la violencia y emprender un nuevo camino de fraternidad y reconciliación. Que Cristo Salvador conceda paz a Nigeria, donde se derrama más sangre

y demasiadas personas son apartadas injustamente de sus seres queridos y retenidas como rehenes o masacradas. También invoco la paz para otras partes del continente africano. Pienso, en particular, en Libia, el Sudán del Sur, la República Centroafricana y varias regiones de la República Democrática del Congo; y pido a todos los que tienen responsabilidades políticas a que se comprometan, mediante el diálogo, a superar contrastes y construir una convivencia fraterna duradera.

Que Jesús salve a tantos niños víctimas de la violencia, objeto de tráfico ilícito y trata de personas, o forzados a convertirse en soldados; niños, tantos niños que sufren abusos. Que consuele a las familias de los niños muertos en Pakistán la semana pasada. Que sea cercano a los que sufren por enfermedad, en particular a las víctimas de la epidemia de ébola, especialmente en Liberia, Sierra Leona y Guinea. Agradezco de corazón a los que se están esforzando con valentía para ayudar a los enfermos y sus familias, y renuevo un llamamiento ardiente a que se garantice la atención y el tratamiento necesario. Pienso en todos los niños hoy maltratados y muertos, sea los que lo padecen antes de ver la luz, privados del amor generoso de sus padres y sepultados en el egoísmo de una cultura que no ama la vida; sean los niños desplazados a causa de las guerras y las persecuciones, sujetos a abusos y explotación ante nuestros ojos y con nuestro silencio cómplice; a los niños masacrados en los bombardeos, incluso allí donde ha nacido el Hijo de Dios. Todavía hoy, su silencio impotente grita bajo la espada de tantos Herodes. Sobre su sangre campea hoy la sombra de los actuales Herodes. Hay verdaderamente muchas lágrimas en esta Navidad junto con las lágrimas del Niño Jesús.

(...) Que el Espíritu Santo ilumine hoy nuestros corazones, para que podamos reconocer en el Niño Jesús, nacido en Belén de la Virgen María, la salvación que Dios nos da a cada uno de nosotros, a todos los hombres y todos los pueblos de la tierra.

Que el poder de Cristo, que es liberación y servicio, se haga oír en tantos corazones que sufren la guerra, la persecución, la esclavitud. Que este poder divino, con su mansedumbre, extirpe la dureza de corazón de muchos hombres y mujeres sumidos en lo mundano y la indiferencia, en la globalización de la indiferencia. Que su fuerza redentora transforme las armas en arados, la destrucción en creatividad, el odio en amor y ternura. Así podremos decir con júbilo: «Nuestros ojos han visto a tu Salvador».

Con estas palabras, manifestación de las preocupaciones y anhelos del papa Francisco, felicitaba el Santo Padre la recién pasada Navidad en su mensaje *Urbi et orbe*.

Veneración de las reliquias de San Francisco Javier en la India

EL pasado 22 de noviembre, y tras diez años desde la última ocasión, el cuerpo incorrupto de san Francisco Javier fue trasladado en procesión en una urna de plata y cristal desde la iglesia del Buen Jesús de Goa, donde reposa, a la catedral de la Sé. Allí monseñor D'Souza, obispo de Mangalore, repasó la emocionante vida misionera del santo, exhortando a los presentes a «construir la comunión, fortalecer las familias y renovar la sociedad», en consonancia con el lema elegido para la exposición de sus reliquias. Acabada la celebración, los restos de san Francisco Javier quedaron expuestos en público para la veneración de los fieles hasta el día 4 de enero.

Durante estos días, tras largos viajes, soportando largas horas de espera y manifestando la gran fe que aún conservan los cristianos de la India, más de tres millones de peregrinos han acudido a visitar las reliquias del patrón de las Misiones, santo que los goanos tienen como propio desde que en 1542 desembarcó en esa parte occidental de la India con el objeto de catequizar y convertir a la fe cristiana a los nuevos súbditos de la Corona portuguesa.

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Enero

General: Para que quienes pertenecen a tradiciones religiosas diversas y todos los hombres de buena voluntad colaboren en la promoción de la paz.

Por la evangelización: Para que los religiosos y las religiosas redescubran la alegría de seguir a Cristo y se dediquen con celo al servicio de los pobres.

Febrero

General: Para que los encarcelados, en especial los jóvenes, tengan la posibilidad de reconstruir una vida digna.

Por la evangelización: Para que los cónyuges que se han separado encuentren acogida y apoyo en la comunidad cristiana.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Buenas noticias desde el norte de Europa

LA Europa del Norte suele ser considerada uno de los lugares donde la descristianización ha sido más intensa. Y es cierto. La contemplamos como un lugar frío, racionalista, donde la influencia del protestantismo, el puritanismo y finalmente un laicismo progresista muy virulento, han borrado los últimos recuerdos de su pasado católico. Y la verdad es que si nos fijamos sólo en las noticias que nos llegan a través de la prensa generalista desde la Europa septentrional el panorama no es muy halagüeño: desde el debate para introducir el Corán en la ceremonia de coronación del rey de Inglaterra hasta la promoción del multiculturalismo en los países escandinavos (fueron precisamente los democristianos escandinavos quienes con mayor encono se opusieron a la introducción de cualquier referencia a las raíces cristianas de Europa en el preámbulo a la Constitución europea), pasando por la extendida aceptación social del aborto, por citar algunos de los elementos más evidentes.

Esta intensa secularización real convive con una importancia formal de la religión en la vida pública: la reina sigue siendo la cabeza de la Iglesia de Inglaterra, los obispos anglicanos son pares en la Cámara de los Lores y las iglesias nacionales escandinavas mantienen una presencia no desdeñable en sus países: quienes se bautizan y se casan (aunque ya más de la mitad de los nacimientos provienen de parejas no casadas) lo suelen hacer en las iglesias estatales. No obstante, esta presencia pública va perdiendo terreno al mismo tiempo que el número de practicantes desciende: en Inglaterra los casi un millón de anglicanos practicantes actuales van reduciéndose día a día, en Suecia sólo el 4% de los luteranos frecuentan la iglesia y en Noruega y Finlandia este porcentaje se sitúa por debajo del 2%.

Por el contrario, la Iglesia católica está mostrando esperanzadores síntomas de vitalidad en aquellos lugares, tanto que algunos incluso hablan de un mini-renacimiento católico. En el Reino Unido ya hay más católicos que anglicanos practicantes y en los países escandinavos son un 3% de la población. Uno de los elementos que han influido es, sin duda, la emigración proveniente de los antiguos países comunistas: Polonia (2,2 millones de polacos han emigrado durante la última década), Eslovaquia, Croacia y Lituania.

Si la llegada de inmigrantes católicos ha ayudado a revitalizar la Iglesia católica en el Reino Unido y Escandinavia, no es menos cierto que la población local también muestra signos de vitalidad, algo muy evidente si atendemos, por ejemplo, al creciente número de seminaristas católicos en Gran Bretaña. Tendencia que, aunque en menor escala, se repite en los países escandinavos. En Suecia, con 103.000 católicos, hay diecisiete seminaristas, un porcentaje nada desdeñable.

Pero estos signos de vitalidad no se limitan a los seminarios. La visita de las reliquias de santa Teresita a Gran Bretaña fue seguida por numerosas personas, se ha creado un camino de peregrinación en honor a Juan Pablo II en Inglaterra y las estadísticas del número de confesiones (con todas las reservas que conllevan este tipo de estadísticas) parecen indicar un considerable crecimiento.

La labor de los movimientos también es importante. En Dinamarca, un país con solo cuarenta mil católicos, hay 18 seminaristas neocatecumenales, mientras que en Finlandia, con 10.500 católicos, esta cifra asciende a quince. Otro tanto pasa con la vida religiosa, que está experimentando un resurgir, especialmente entre las órdenes contemplativas: en los países escandinavos ya hay 680 monjas, en una proporción de una por cada 880 católicos (en Estados Unidos, por ejemplo, la proporción es de una por cada 1.400). Tampoco podemos olvidar el Ordinariato de Nuestra Señora de Walsingham, erigido por Benedicto XVI en 2009 para dar encaje a los anglicanos que querían volver a la plena comunión con Roma, o a la reciente conversión al catolicismo del famoso pastor sueco Ulf Ekman junto a su esposa (Ekman ha declarado que el *Catecismo de la Iglesia católica* es el mejor libro que ha leído en su vida).

Los católicos en el norte de Europa aún son minoritarios, pero están demostrando una vitalidad que contrasta con unas iglesias nacionales, que forman parte del Estado, y que abandonan de forma cada vez más abierta las enseñanzas de Cristo para plegarse a lo que ese Estado dictamina que es lo políticamente correcto. Como recordaba recientemente un analista, el hecho de que la «obispo» luterana de Estocolmo sea una reconocida lesbiana practicante ejemplifica a la perfección la deriva de las iglesias protestantes estatales. El catolicismo, por el contrario, lleva ya muchos siglos desafiando

do las imposiciones de los gobernantes de turno y proclamando libremente el Evangelio.

Alemania: dispuestos a derribar el «tabú» del incesto

EL «progreso» occidental sigue su determinado avance hacia el abismo. En esta ocasión la noticia llega de Alemania y el tema es uno de los tabúes que han acompañado siempre a la humanidad: el incesto.

El Consejo de Ética de Alemania ha recomendado la descriminalización del incesto entre hermanos después de la denuncia de un hermano y una hermana de Leipzig en protesta porque la ley considera un crimen su relación, legislación que ellos consideran una violación de los derechos humanos. El Consejo argumenta que no es tarea de las leyes el proteger tabúes (una idea para el Consejo de Ética alemán: ¿para cuándo derribamos de una vez ese molesto tabú que continúa criminalizando, en pleno siglo XXI el canibalismo?) y que, dado que el incesto no pone en peligro el orden social, no hay motivo para prohibirlo, pues constituiría un atentado al sacrosanto derecho a la autodeterminación sexual entre adultos.

Un diputado alemán verde, Hans Christian Ströbele, lo ha dejado claro al declarar que «*dos adultos deberían de ser capaces de decidir por sí mismos si quieren tener sexo el uno con el otro, asumiendo, por supuesto, que se amen y que hay voluntariedad, que no existe ninguna forma de dependencia en la relación*».

La verdad es que el diputado verde, sin darse cuenta, da en el clavo. Todo está permitido entre adultos si sus decisiones no son tomadas desde una posición de dependencia, según esta visión radicalmente individualista del asunto. El problema es que ese mundo, al borde de lo meramente zoológico, no existe en la realidad; el ser humano es esencialmente dependiente: material, psicológica, espiritualmente. Existe además, aunque no soporten la idea, una naturaleza humana y ciertos comportamientos, propios de su naturaleza, le hacen daño, por mucho consentimiento que exista.

Una última consideración que creo que nos ayuda a comprender mejor lo que está sucediendo en Occidente: ¿cuál es la institución basada en un mínimo de consentimiento y un máximo de dependencia? Respuesta: la familia, con todo el tejido de relaciones entre padres e hijos que genera. ¿Se entiende ahora mejor por qué no la soportan y no cejan en sus ataques contra lo que consideran una perversión?

El horror del gulag en Corea del Norte

LA situación de los cristianos en Corea del Norte, ignorada incluso por sus propios hermanos de fe, se ha puesto encima del tapete gracias a dos hechos recientes. Por un lado el informe presentado en la Cámara de los Lores inglesa, trabajo impulsado por el católico Lord David Alton. Del informe se desprende que el gulag norcoreano es, en pleno siglo XXI, un despliegue de crueldad y crímenes que creíamos limitados al pasado. Y es que la persecución a los cristianos es una constante del régimen norcoreano. Empezando ya por Kim Il-Sung, el fundador de la dinastía comunista reinante, quien afirmó que «las personas religiosas deberían morir para curarse así de ese hábito». En 1962 escribía «no podemos llevar a esa gente religiosa en nuestra marcha hacia la sociedad comunista. En consecuencia, hemos juzgado y ejecutado a todos los líderes religiosos de nivel superior al de diácono en las iglesias católica y protestante. Entre las otras personas religiosamente activas, aquellos considerados malignos los hemos llevado a juicio. A los creyentes ordinarios que se han retractado les hemos dado trabajos, mientras que a aquellos que no, los hemos internado en campos de prisioneros».

Los ejemplos que aparecen en el informe presentado en Westminster acerca del funcionamiento del gulag en la comunista Corea del Norte son terrores. En esos campos son internados los considerados enemigos del régimen, tanto los de tipo político como los de tipo religioso. A estos últimos les están reservadas las mayores crueldades. El internamiento es perpetuo y sólo acaba con la muerte del preso. Además, el crimen de un miembro se extiende a toda su familia, que es automáticamente considerada como culpable (recordemos que la práctica privada de la fe ya es delito). De resultados de esta política, el porcentaje de cristianos, que en el momento de la partición de las dos Coreas, en los años cincuenta del siglo pasado, era equivalente en el norte y en el sur, arroja ahora un 23% en el sur frente a un 0,8% en el norte. Un auténtico genocidio.

Por otro lado se acaba de publicar la historia de Shin Dong-Hyuk, un hombre de 32 años cuya vida transcurrió en el gulag norcoreano hasta su huida del mismo. Blaine Harden la explica en su libro *Evasión del campo 14*. Se trata de una historia terrible que muestra hasta dónde puede llegar la deshumanización cuando nos esforzamos por erradicar a Dios de nuestras vidas, pero es también una historia necesaria para conocer esa realidad y ayudar a acabar con el odioso régimen comunista de Corea del Norte.

CRISTIANDAD CELEBRA SU NÚMERO 1000

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Con la intención de dar gracias a Dios y reafirmar la vocación de la revista en su tarea apostólica de servicio a la Iglesia, CRISTIANDAD celebrará la publicación de su número 1000 los días 6 y 7 de febrero de 2015. Por este motivo nos complace invitarle a participar en los actos que CRISTIANDAD ha organizado por tan gozoso acontecimiento.

Viernes 6 de febrero de 2015. Primer viernes de mes.

21.00 h. Vigilia de acción de gracias en el templo del Sagrado Corazón del Tibidabo.

Sábado 7 de febrero de 2015. Festividad del beato Pío IX.

11.00 h. Acto académico. *Balmesiana, Duran i Bas, 9, Barcelona.*
Conferencia del Prof. Dr. **Guzmán Carriquiry**, secretario a cargo de la vicepresidencia de la Pontificia Comisión para América Latina.

A continuación se celebrará la Santa Misa.

14.30 h. Almuerzo.
Hotel Catalònia Ramblas, Pelai, 28, Barcelona.

Los actos estarán presididos por Mons. Sebastià Taltavull, obispo auxiliar de Barcelona.

Se ruega confirmación antes del 30 de enero de 2015 (llamar al telf. **93 317 47 33** o enviar un correo electrónico a **cristiandad@cristiandad.orlandis.org**).

Precio del almuerzo: 35 €/ estudiantes 15 €.

La inscripción se formalizará mediante transferencia bancaria a la cuenta de La Caixa
IBAN: ES 48 2100 1159 9701 0018 8450



CONTRAPORTADA

«Je suis chrétien, seulement» (Yo soy cristiano, solamente)

«Deberíamos abrir una reflexión sobre la indignación dolida de nuestro herido Occidente ante este ataque por parte de unos extremistas radicales. La revista francesa *L'homme nouveau* ha publicado un artículo sereno, lúcido y valiente por firmarlo contracorriente cuando estábamos en el punto álgido de la tragedia de los asesinatos de París en estos días. Frente al eslogan que ha sido repetido por doquier como un mantra, esta otra revista francesa ha dicho lo siguiente: «Yo no soy Charlie: la libertad de expresión y la libertad de prensa no dan derecho a insultar, despreciar, blasfemar, a pisotear o burlarse de la fe o de los valores de los ciudadanos, ni a atacar de modo sistemático a las comunidades musulmana o cristiana. No, yo no soy Charlie y nos choca ver a Mahoma como una boñiga con turbante o a Benedicto XVI sodomizando niños. No es cuestión de tolerancia o librepensamiento: el insulto es una violencia. Charlie murió por haber minimizado los riesgos del islam radical. Pensó que por vivir en un país cristiano podía insultar de forma segura. Yo no soy Charlie, pero soy cristiano. No he pensado ni por un solo instante que tenían que morir, o que habían encontrado lo que merecían. Paz a sus almas y que Dios les acoja, si ellos quieren, en su misericordia. Pero yo no soy Charlie.

»Yo sólo soy cristiano. Por eso condeno esta matanza, al tiempo que leo con agrado a los que tienen la lucidez de condenar los execrables atentados que han acabado con estas vidas, y tienen la libertad de denunciar también la violencia que entraña siempre el insulto, el desprecio, la mofa, la ridiculización, la blasfemia, todo lo que injustamente hiere hasta la ofensa los sentimientos y las creencias de las personas que los tienen y las profesan, porque esto a su modo también es violencia.

»Hay gente que está siendo asesinada por estos fanáticos extremistas por tener sencillamente un nombre cristiano, una fe cristiana, una vida cristiana. En Siria, Afganistán, Nigeria, Libia... matan a cristianos, secuestran a niñas cristianas, expulsan a cristianos de su tierra, roban sus casas y sus iglesias, sin que casi nadie de Occidente lo denuncie, ni se hagan conjuras intergubernamentales, ni se convoquen manifestaciones callejeras, ni se lloren a los que inocentes de toda provocación y ofensa, son masacrados sencillamente por ser diferentes, por ser cristianos sin serlo contra nadie.»

+ Fr. JESÚS SANZ MONTES, OFM, arzobispo de Oviedo